

¿Quién alimenta al mundo?

La agricultura campesina tiene futuro





¿Quién alimenta al mundo?

La agricultura campesina tiene futuro

Editor: Servicio de las Iglesias Evangélicas en Alemania para el Desarrollo (EED)
– Evangelischer Entwicklungsdienst e. V. –
Ulrich-von-Hassell-Strasse 76, D-53123 Bonn, Alemania
Teléfono +49 (0) 2 28 81 01-0, Fax +49 (0) 2 28 81 01-160
eed@eed.de, www.eed.de

Elaboración:
Uwe Hoering

Redacción:
Uwe Asseln-Keller, Dorothee Berkle, Rudi Buntzel,
Andrea Burkhardt (responsable), Kirsten Gade,
Erika Märke, Nicole Podlinski

Referencias de imágenes:
Uwe Hoering, Paulino Menezes

Índice

- 2 Prefacio
- 5 El retorno de los campesinos
- 12 Tanzania: los locos de Dodoma
- 22 Indonesia: los pequeños productores y el mercado mundial
- 29 Brasil: el valor de la agricultura
- 38 Tercera parte: apoyo para la agricultura campesina
- 45 La lucha contra la pobreza por medio del fomento de las pequeñas empresas de agricultura campesina

La lucha contra la pobreza y el desarrollo rural

El rápido crecimiento de los centros urbanos hace que se preste cada vez mayor atención a la creciente pobreza urbana, a la miseria al margen de espacios modernos de abundancia. No obstante, este tipo de pobreza, si bien tiene expresiones terribles, afecta a un porcentaje relativamente bajo de las personas que en el mundo pueden denominarse pobres: la Task Force on Hunger de las Naciones Unidas ha llegado a la conclusión de que una mayoría importante (75 %) de las personas pobres vive de la agricultura, la pesca, el pastoreo y la recolección, en regiones rurales. El hambre y la pobreza absoluta continúan teniendo una mayor presencia en aquellos lugares en donde se generan productos agropecuarios: en las zonas rurales. Por ende, una campaña efectiva de erradicación de la pobreza debe estar enmarcada, entre otros factores, dentro de un proceso integrado de desarrollo rural. En las regiones rurales es posible garantizar la alimentación de forma sostenible, si existe una conjunción de los factores de desarrollo macroeconómicos, sociales y agrícolas.

Desde hace decenios, el desarrollo rural integrado siempre se ha encontrado en el foco de atención del trabajo del EED y de sus organizaciones predecesoras. Del 30.5 al 40% de los recursos se destina a este sector, cuyos principales pilares son pequeñas empresas familiares. Ellos practican una agricultura adaptada a las condiciones de la región y, por regla general, son campesinos y campesinas semisubsistenciales: el objetivo primario de su trabajo es asegurar la subsistencia de su familia de forma sostenible, en el curso del año. Es decir que, inicialmente, tratan de suplir las necesidades básicas por medio de sus propias actividades productivas, en la medida de las posibilidades, independientemente del mercado al cual tienen acceso. Una vez suplidas dichas necesidades, los campesinos cultivan frutas, que son distribuidas a los mercados local, nacional e internacional. Aquí prestan mucha atención al hecho de que la segunda actividad no vaya en detrimento de la producción de alimentos. De este tipo de agricultura se nutre la mayor parte de las personas pobres en zonas rurales y se asegura su subsistencia.

El proceso de globalización económica ejerce una presión cada vez mayor sobre la agricultura campesina. Los campesinos que quieren llevar sus productos al mercado tienen mayor posibilidad de éxito en los mercados local y regional. Sus probabilidades de acceder a los mercados nacionales e internacionales, por medio de grandes cadenas comerciales, son bastante limitadas, ya que allí el objetivo determinante es un alto nivel de rentabilidad. Las actividades económicas de los campesinos se orientan, en primera línea, hacia la seguridad y la sostenibilidad, incluso, así esto implique menores ganancias. El problema se observa con claridad en el contexto de las semillas de alto rendimiento: muchos campesinos prefieren las semillas que se han utilizado tradicionalmente, de las cuales, a su vez, es posible obtener las semillas para el año subsiguiente; y se oponen a utilizar las semillas de alto rendimiento, las cuales tienen que comprar año tras año. Con la utilización de las semillas que obtienen de la propia producción, no solo reducen el riesgo financiero, sino que, además, saben que las plantas que germinan a partir de tales semillas poseen una mayor resistencia a periodos transitorios de sequía. El inconveniente es que en años de buena producción, en comparación, la cosecha es menor.

Uno de los grandes patrimonios de la agricultura campesina, acorde con las condiciones locales, es la riqueza de conocimientos tradicionales de alta complejidad que poseen los productores y productoras: los conocimientos sobre especies tradicionales más resistentes, su conservación y la sucesión de áreas y periodos de siembra. Asimismo, dichos conocimientos encajan perfectamente en la cultura y en el entorno natural. En el momento de adaptar sus productos y sus formas de cultivo a las condiciones locales climáticas, de suelo y de organismos dañinos, los campesinos protegen los recursos naturales, el medio ambiente y el clima. Los requerimientos de capital y la dependencia de insumos externos provenientes de la producción industrial son bajos, es decir, que los campesinos pueden suplir las necesidades básicas sin depender de la incontrolable dinámica de las fluctuaciones en la demanda y en los precios de los mercados nacionales e internacionales.

Ante estas tendencias, muchas organizaciones no gubernamentales provenientes de cuatro continentes diferentes – apoyadas por el EED – han abordado la tarea de asegurar la soberanía alimentaria de los pobres. El objetivo central de su trabajo es establecer las estructuras que se requieren para posibilitar a la población que conserve la autodeterminación de sus vidas, que asegure su subsistencia bajo su propia responsabilidad, y que no se sienta afectada por las crisis del mercado mundial. El fomento de las actividades campesinas familiares, acordes con las condiciones locales, juega en este contexto un papel central. Este trabajo no solo protege la sabiduría tradicional respecto a la naturaleza, sino que, asimismo, asegura la diversidad biológica, fomenta y amplía la utilización de métodos agrícolas ecológicos, protege a los productores del endeudamiento, y evita los peligros que ocasiona la utilización de sustancias agroquímicas y la agrotecnología genética. De la misma forma, programas de trabajo de base y actividades de incidencia política en los ámbitos nacional e internacional contribuyen a proteger las bases de subsistencia, a concientizar la opinión pública, y a ejercer influencia sobre las instancias políticas en pro de los intereses de los pobres.

Las experiencias recopiladas por el EED en el curso de los años registran ejemplos muy exitosos de actividades agrícolas familiares y de pequeños productores acordes con las condiciones locales. Esto se ha documentado en los estudios de caso de Tanzania, Indonesia y Brasil, que se presentan a continuación.



Claudia Warning,



Wilfried Steen,



El retorno de los campesinos

“En ese entonces, parecía que hubiéramos hallado oro”, recuerdan Balduro Julio Dieckow y su mujer Edi, cuando se inició el cultivo de soya en el sur de Brasil. A comienzos de los años 1970, con grandes expectativas, sembraron 110 hectáreas de soya. Gracias a las subvenciones para la maquinaria y para los fertilizantes de calcio, y a un precio de compra garantizado, los riesgos parecían ser muy bajos. No obstante, paulatinamente, empresas mayores comenzaron a penetrar este rentable sector de actividades. Éstas podían producir a un menor precio, lo cual provocó un descenso de los costos. Para pagar los créditos adquiridos, los Dieckow se vieron obligados a vender parte de su territorio. A comienzos de los años 1990, una sequía y una crisis en el sistema bancario les dio la estocada final. Años después, Balduro y Edi no pueden contener sus lágrimas cuando nos hablan acerca del sueño desvanecido de la riqueza.

La historia de la familia Dieckow es una muestra ejemplar del destino de la economía campesina y de sus dificultades, pero también de sus perspectivas futuras, no solo en la región sur de Brasil. En ese momento, hace 40 años, el gobierno, la agroindustria, los agrónomos y los políticos del desarrollo, propagaban y fomentaban la “Revolución Verde”, especialmente, en Latinoamérica, el Sureste asiático y Asia meridional. Sin embargo, para miles de empresas familiares, el camino hacia la modernización de la agricultura comenzó con deudas e importantes riesgos provenientes de la transformación hacia actividades de monocultivo; con la mecanización de los métodos de trabajo; y con la utilización de semillas de alto rendimiento que, en la mayoría de los casos, tenían que comprarse año tras año, ya que de éstas no es posible obtener las semillas para las siembras subsiguientes. Las malas cosechas y un descenso en los precios del mercado mundial ocasionaron un alto endeudamiento, pérdidas de las propiedades y, como consecuencia, la migración hacia los centros urbanos. Las tierras fueron adquiridas por latifundistas que producían para la industria y el mercado mundial, con maquinaria y costosos insumos. Ellos obtuvieron riqueza y generaron divisas para el Estado, mientras que la agricultura campesina y las regiones rurales cayeron en la desolación.

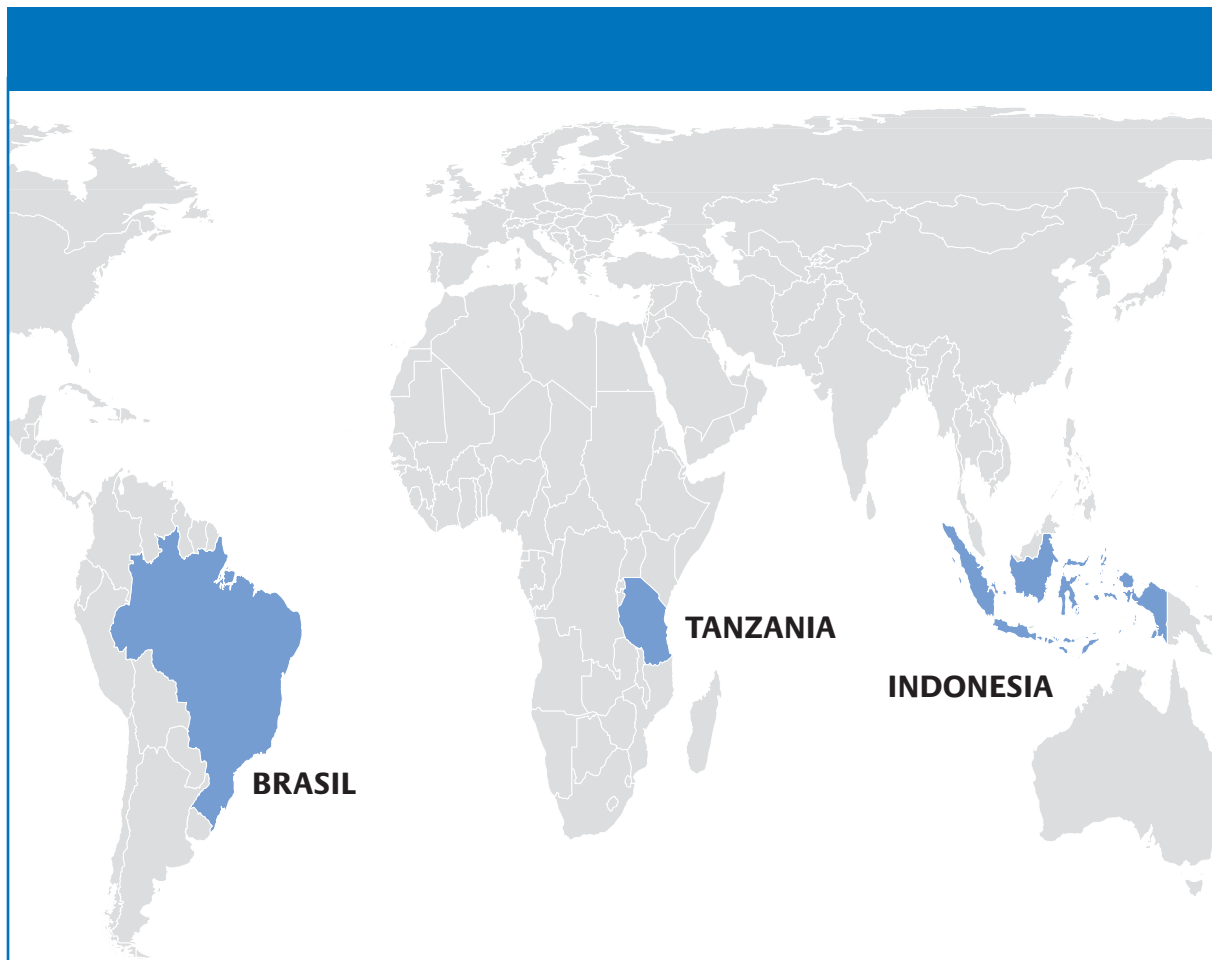
No obstante, los Dieckow no se dieron por vencidos y buscaron una alternativa: actualmente, practican la agricultura orgánica y cultivan maíz, frijoles, linaza y sésamo, en seis hectáreas. Ahora, no obstante, sus cultivos se encuentran rodeados de soya transgénica. Ellos se sienten como en una isla. Para ellos es especialmente doloroso que su propio hijo no abra “su corazón hacia la salud y la naturaleza, y que haga lo mismo que los demás”. Él cultiva 150 hectáreas, con costosa maquinaria y un futuro incierto. Los nuevos terrenos creados en el norte del país causan un continuo descenso de los precios de la soya. Ahora, el cultivo orgánico de linaza, que genera ganancias de € 220 por hectárea, es tan rentable como el de la soya, a costos más bajos.

“No quieren trabajar duro”, comenta Balduro, ante la reticencia a dejar el cultivo de la soya haciendo caso omiso de las ventajas de la agricultura orgánica. En vez de controlar la maleza a mano, prefieren utilizar herbicidas. “Solo fumigan, – anota Edi Dieckow, – el azadón es símbolo del trabajo duro”. Durante muchos años, el argumento general era que la agricultura orgánica solo podían practicarla “campesinos inteligentes”, ya que ésta implicaba oponerse a las tendencias reinantes del escepticismo de los vecinos y a la propaganda tentadora de las grandes multinacionales. Sin embargo, para los Dieckow, el número creciente de supermercados y tiendas de productos orgánicos, un ingreso que permite una vida digna y el creciente reconocimiento de la agricultura orgánica como alternativa exitosa para un desarrollo rural integral, son la confirmación tardía de haber tomado la decisión correcta.

Perspectivas para otro tipo de agricultura

Independientemente de si se trata de Brasil, Tanzania o Indonesia, en todos los continentes, campesinos y campesinas como los Dieckow demuestran que la agricultura campesina no es una “economía de pobres”, como algunos afirman, obsoleta, poco productiva y dañina para el medio ambiente. Con el apoyo de organizaciones no estatales y de la sociedad civil, de forma frecuente, allí se ha generado un modelo de desarrollo alternativo.

- Σ En Tanzania, los pequeños productores aprovechan cada vez más los conocimientos tradicionales sobre especies autóctonas más resistentes y nutritivas, y las ventajas de la policultura y el control natural de parásitos. Asimismo, se utilizan, nuevamente, en mayor grado, tecnologías tradicionales locales y efectivas, que habían sido desterradas por métodos de cultivo modernos, supuestamente, más eficaces y rentables. Esto, por una parte, ha mejorado considerablemente la situación alimentaria de la población y ha reducido la pobreza; por la otra, los campesinos, que planifican su trabajo de forma comunitaria, utilizan sus escasos recursos de una manera más sostenible. De esta manera, es posible reducir las tensiones causadas por los conflictos de distribución de los recursos de agua y tierra, como los que se presentaron con los pastores de Masai.



- En Indonesia, organizaciones campesinas planificaron y dispusieron conjuntamente su trabajo de cultivo orgánico y la comercialización local de sus productos; asimismo, crearon grupos de ahorro y crédito y adoptaron decisiones acerca de cómo puede alcanzarse la igualdad de género, por ejemplo, en los procesos de toma de decisiones. Ahora, los cultivos de cacao en las regiones montañosas generan ganancias, ya que por medio de una cooperativa de comercialización es posible alcanzar mejores precios, que a través de la venta individual a intermediarios.
- ∑ En el sur de Brasil, los campesinos que practican la agricultura orgánica han establecido estructuras sostenibles de producción y comercialización de sus productos. Ahora, ellos pueden vender sus productos a buen precio, no solo en las plazas de mercados regionales, sino también en las grandes ciudades. Gracias a las exportaciones de productos certificados hacia Europa y Estados Unidos, se han logrado captar nuevos mercados. De esta manera, la agricultura orgánica se ha establecido, también en lo económico, como una contracorriente del cultivo de soya transgénica.

Sería posible presentar muchos más ejemplos de programas alternativos a la agricultura industrial a gran escala, que son rentables y efectivos. Frente a la gran competencia que ejercen en muchos países las grandes empresas productoras y las importaciones sobre los pequeños productores, un número mayor de campesinos busca alternativas para mantener sus actividades productivas y no verse obligado a emigrar a las grandes ciudades.

Hace pocos decenios se predijo la desaparición de los campesinos. El economista mejicano Ernest Feder calificó a los campesinos como una “especie casi en extinción”, por causa de los efectos de la globalización; para el historiador británico Eric Hobsbawm la muerte del campesinado fue el hecho decisivo de modernización del siglo XX. Estas afirmaciones se hicieron ante el proceso de desaparición de las granjas en Europa, y la rápida expansión de la agricultura y la ganadería industriales, con nuevas especies de alto rendimiento, la utilización de maquinaria, los monocultivos extensivos y fábricas de ganadería, que modificaron totalmente la producción agropecuaria. Se calculaba que, de esta manera, un 3 % de la población podría alimentar al resto del mundo, lo que haría superfluos a los pequeños campesinos. Con sus excesos de producción, la agroindustria fue desterrando a las pequeñas empresas del mercado. Junto con las grandes industrias productoras de alimentos, como Nestlé, fueron controlando partes cada vez mayores del sector agrícola en todo el mundo. Los agricultores que querían mantener su competitividad en el mercado mundial se vieron obligados a invertir y aumentar la productividad, para compensar el incremento de los costos y el descenso de los precios. La política de subvenciones y el fomento de la exportación, practicada por muchos gobiernos y por la Unión Europea, aumentaron la predominancia de la agricultura industrializada de exportación en los ámbitos nacional e internacional.

Sin embargo, los campesinos parecen oponerse a su desaparición. Si bien en la mayoría de los países la cifra de campesinos ha descendido, muchos han dejado sus actividades, fueron forzados a hacerlo o emigraron a las ciudades, una gran parte de ellos simplemente salió del foco de atención de la política económica, agraria y de desarrollo. Actualmente, la agricultura campesina es la forma exclusiva o parcial de subsistencia para más de 2.000 millones de personas; aunque esta subsistencia es bastante difícil, es, por lo menos, una forma de subsistir. En países como Etiopía, India y la República Democrática del Congo, la cifra de granjas pequeñas se ha más que duplicado en el curso de los últimos 20 a 30 años, simplemente, porque las personas no tenían otra alternativa. Allí se sigue trabajando en suelos improductivos

bajo condiciones miserables. Las personas regresan a ocupar sus antiguos territorios, como en Brasil; o logran, por medio de la lucha, una reforma agraria, como en Filipinas; o conquistan nuevos mercados, por ejemplo, con productos orgánicos. Según un estudio realizado por Jules Pretty y Rachel Hines a comienzos de los años 1990, en los países en vía de desarrollo se gestionaban 100.000 hectáreas de forma sostenible; diez años después, esta superficie ha aumentado a casi 30 millones. Asimismo, el estudio indica que en ese momento, 9 millones de campesinos practicaban la agricultura sostenible en diversos proyectos, identificados, la mayoría de ellos, en empresas familiares y en cooperativas de producción¹.

Simultáneamente, en muchos países los campesinos formaron cooperativas, movimientos y redes de cooperación, con el objeto de hacer valer más su voz ante la agroindustria, las multinacionales y las instituciones como la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y la Fundación Rockefeller; asimismo, ante las instancias políticas. En India, cientos de miles de personas hicieron una protesta pública en contra de la tecnología de manipulación genética y del peligro que los grandes supermercados representan para los mercados locales. O, tal como ocurrió en el Estado de Andhra Pradesh, la población votó contra un gobierno que quería imponer una estrategia de modernización que haría “superfluas” a un total de 20 millones de familias campesinas. Las ocupaciones de tierra, como las organizadas por el Movimiento dos Sem-Terra, MST, de Brasil, sirvieron de ejemplo para las reivindicaciones de redistribución de la tierra en Sudáfrica. Nuevos movimientos campesinos, como La Vía Campesina, establecen alianzas de cooperación con asociaciones campesinas de países industrializados de Europa y Norteamérica. Por esta razón, los observadores hablan del “retorno de los campesinos”, que expresaron de forma decidida y dramática su voz de protesta durante las negociaciones del sector agrario de la Organización Mundial del Comercio, OMC, y que contribuyeron de forma decisiva al estancamiento actual en el que se encuentran dichas negociaciones.

Pequeñas granjas, gran potencial

Es difícil determinar el número aproximado de empresas familiares campesinas en el mundo. Incluso, la definición de este tipo de empresas no lo permite. Fuentes bibliográficas hablan de una cifra estimada de 500 millones de empresas, en las que trabaja un total de 2.000 millones de personas, de las cuales Balduro y Edi Dieckow son dos representantes típicos. Este tipo de empresas agrícolas gestiona en todo el mundo alrededor del 80 % de las superficies aprovechadas para la producción agropecuaria. En terrenos pequeños, bajo difíciles condiciones, y con medios limitados, allí se produce casi el 50 % de los alimentos básicos, en parte para el autoabastecimiento, y en parte para la comercialización. Incluso, el porcentaje de la producción agropecuaria proveniente de estas empresas registra un incremento, especialmente, en la producción láctea, de cereales y en la ganadería. Las mujeres son quienes, principalmente, cultivan arroz, mijo y hortalizas, y se ocupan del ganado menor.

No obstante, paradójicamente, los pequeños productores pertenecen a los grupos más pobres del mundo. Ellos constituyen la gran mayoría de los 2.000 millones de personas que tiene que subsistir con menos del equivalente a dos dólares al día. Muchos de los 850 millones de seres humanos que padecen hambre pertenecen a este colectivo. Las razones son diversas: con frecuencia, debido a las grandes plantaciones, a los sistemas de riego, a las reservas naturales, o por el crecimiento de las megaciudades, los campesinos se ven excluidos en regiones apartadas con malas condiciones de los suelos, y sin acceso a los mercados ni a los servicios básicos. Los

¹ Pan para el mundo/Greenpeace, Asegurar el alimento – Agricultura sostenible – una perspectiva proveniente del Sur, en: WeltThemen2, Brandes & Apsel, Frankfurt 2001

terrenos comunales tradicionales que antes podían utilizar para la recolección de leña y de frutas silvestres o para el pastoreo, se emplean ahora por los gobiernos o las municipalidades para proyectos industriales, de infraestructura o turísticos, o se venden a empresas privadas. En muchas ocasiones, los derechos de utilización tradicional de la tierra no están protegidos, ya que el sistema legal tradicional no preveía títulos de propiedad territorial. Además, usualmente, los campesinos no tienen acceso suficiente a recursos de agua o de otra índole. Cuando son cotitulares de la cosecha, los campesinos se ven obligados a ceder una tercera parte de la producción, o más aún, al propietario de la tierra; los contratos de arrendamiento tienen una vigencia de solo dos o tres años; y sus derechos de utilización de terrenos públicos se obtienen, mas bien, por condescendencia del gobierno. Para muchos, la agricultura apenas es suficiente para suplir las necesidades alimentarias básicas, de modo que se ven forzados a obtener ingresos adicionales trabajando como jornaleros o en trabajos domésticos.

Muchas de estas pequeñas empresas “se ven obligadas” a practicar agricultura orgánica, porque los fertilizantes, las semillas comerciales y los productos químicos son demasiado costosos. Aquellos que, sin embargo, han invertido en la modernización de la producción, en plantas transgénicas, en perforaciones para captar nuevas fuentes de agua, en fertilizantes industriales y pesticidas, pronto han caído en el espiral de las deudas, ya que la liberalización de las importaciones de excedentes de la producción agrícola subvencionada, provenientes de Europa o de Estados Unidos, produce un descenso en los precios del arroz, del aceite comestible o del azúcar, razón por la cual les es imposible pagar sus créditos.

Sin embargo, los exitosos ejemplos de Tanzania, Brasil e Indonesia, y de muchos otros pequeños productores campesinos, demuestran que esta situación no es inevitable. Los agrónomos coinciden en afirmar que existe un gran potencial de aumento de la producción en la agricultura campesina; para esto, se requiere el apoyo y el fomento apropiados.

¿Qué tipo de agricultura?

La definición de una empresa agrícola campesina (de pequeños productores) varía de acuerdo con las condiciones reinantes en los diversos países. Algunos países han fijado el límite en una superficie gestionada de dos hectáreas. Esto significa que la cifra mundial total de pequeñas granjas campesinas sería de 500 millones. Sin embargo, con frecuencia, en Latinoamérica las empresas tienen mayores dimensiones. Por ejemplo, en Brasil se consideran pequeñas productoras a las empresas agrícolas que explotan menos de 50 ha, mientras que en India, los campesinos y las campesinas que poseen más de 5 ha, casi, se consideran latifundistas. En muchas ocasiones, los pequeños productores producen para el abastecimiento propio; prácticamente, no necesitan comprar fertilizantes, semillas o pesticidas y no requieren mano de obra empleada. De allí proviene el término “empresa familiar”, si bien, con frecuencia, son las mujeres quienes se encargan de su gestión. Habitualmente, esta agricultura

campesina es, en términos generales, “orgánica”, no tanto por convicción, sino más bien por falta de recursos. Normalmente, los insumos ajenos son demasiado costosos o no están disponibles, por lo que hay que buscar alternativas. De acuerdo con la normativa, para que la producción agrícola biológica pueda obtener una certificación, debe realizarse sin uso de fertilizantes sintéticos, de sustancias químicas ni de plantas transgénicas. De esta manera, se genera el nivel más bajo posible de contaminación del aire, del suelo y del agua. La agricultura orgánica, en su producción, trata de mantener la correlación natural que existe entre las plantas, los animales y los seres humanos. El término “agricultura sostenible” hace referencia a, además de los estándares ecológicos definidos de forma menos estricta, una actividad económica en la que se respetan los principios de producción económica a largo plazo y de justicia social.

Diversos estudios señalan un estrecho vínculo entre el tipo de explotación agrícola y el nivel de productividad de la tierra. Pequeñas empresas agrícolas producen más alimentos por hectárea con menor inversión de capital, ya que compensan el bajo nivel de inversiones por medio de un mayor volumen de trabajo. En muchos casos, dichas empresas superan el nivel de producción por hectárea y por unidad de inversión que tienen las empresas industrializadas de mayores dimensiones. Gracias a sus bajos costos de producción, pueden ofrecer alimentos básicos a precios bajos, lo que, a su vez, es importante para el suministro de la población urbana de bajos ingresos.

De la misma manera, las pequeñas empresas agrícolas realizan una contribución macroeconómica significativa: el cultivo de café o de cacao para la exportación genera divisas al país; con materias primas como el algodón o la caña de azúcar, los campesinos y las campesinas suministran productos para la producción industrial y, con frecuencia, crean puestos de trabajo. Por ejemplo, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, FAO, ha calculado que 100 ha de tierra gestionadas en regiones tropicales por familias campesinas, generan, aproximadamente, 35 puestos de trabajo. La proporción de creación de puestos entre plantaciones de palma de aceite o caña de azúcar y entre eucalipto o soya es, respectivamente, de 10 a 0,5 en una misma superficie. Además de esto, las empresas familiares campesinas contribuyen de manera importante al desarrollo de la economía urbana en general, ya que los ingresos y los ahorros se invierten y se gastan, principalmente, en el ámbito local; asimismo, los excedentes se comercian y se procesan en las regiones aledañas. Por consiguiente, una producción agrícola de pequeña escala, acorde con las condiciones de una región, contribuye de forma considerable a la seguridad alimentaria, a la reducción de los niveles de pobreza y a un desarrollo económico general, por medio de una combinación sostenible de producción para la subsistencia y el mercado.

El estudio SAFE-World², una de las obras más amplias realizadas en el sector, analizó 200 proyectos de agricultura sostenible y / o ecológica en 52 países diferentes, a finales de los años 1990. Allí pudo observarse que aquellos campesinos que optaron por la agricultura de modelo sostenible, es decir, sin la utilización de fertilizantes industriales, productos químicos agrarios, ni semillas transgénicas, lograron aumentar su producción en 1,71 toneladas al año por cada unidad familiar, es decir, en más del 70 %. El aumento de la producción registrado por campesinos que cultivaron tubérculos o raíces alimenticias, como la papa, la papa dulce, o la yuca o casave, fue de 17 toneladas al año por unidad familiar, un aumento del 150 %. Si más empresas practicaran este tipo de producción, la agricultura local de menor escala estaría en capacidad de “alimentar al mundo entero”, como lo afirman una y otra vez aquellos que apoyan la agricultura orgánica. Por lo menos, podría ampliar, de forma notable, su contribución a una alimentación segura y saludable y a la reducción de la pobreza. De hecho, muchos de estos productores juegan ya un papel importante en este sentido. Sin embargo, hasta el momento, las instancias económicas y de política de desarrollo no han expresado el reconocimiento apropiado a esta gran contribución.

Expulsados, olvidados, invisibles

El hecho de que el rendimiento de la agricultura campesina, en muchas regiones, se encuentre muy por detrás de sus posibilidades, no se debe tanto a que sea deficiente, sino más bien a la política agrícola practicada por los gobiernos, por las organizaciones internacionales para el desarrollo y por la influencia de la agroindustria.

En los pasados 30 a 40 años, la agricultura campesina había sido tratada con negligencia por parte de los gobiernos y las organizaciones estatales de desarrollo. En

² SAFE-World-Report, University of Essex,
<http://www2.essex.ac.uk/ces/ResearchProgrammes/SAFEWrequestreport.htm>

Asia meridional, en el Sureste asiático y en Latinoamérica, la “Revolución Verde” de los años 1960 y 1970 que, supuestamente, erradicaría el hambre y la pobreza en regiones rurales, se concentró en la producción masiva de arroz, trigo, maíz y soya. En la mayoría de los casos, los proyectos se desarrollaron en regiones con suficientes recursos de agua, suelos fértiles y buena infraestructura. De esta manera, las empresas más grandes y con mayor capital fueron las principales beneficiadas por los proyectos; mientras que muchas pequeñas empresas que cultivaban mijo, casave o arroz seco en suelos de mala calidad y con riego por lluvias, no se beneficiaron en absoluto o, incluso, fueron expulsadas del mercado por otras más fuertes y rentables.

Posteriormente, en los años 1980, la agricultura campesina se vio aún más afectada cuando, bajo la presión del Banco Mundial y otras organizaciones internacionales de finanzas y desarrollo, y en el marco de los, así denominados, programas de reforma estructural, los gobiernos redujeron sus gastos para servir sus deudas y sanear el presupuesto nacional. También, los campesinos medianos y pequeños que, hasta ese momento, habían logrado mantener el paso de la modernización agrícola en el marco de la “Revolución Verde”, se vieron claramente afectados por la supresión del apoyo estatal proveniente de la política agraria. En esa fase se redujeron de forma radical los gastos en asesores agrícolas, en servicios veterinarios, en juntas de mercadotecnia, en reservas de seguridad alimentaria, en formación, en investigación agraria y en otros servicios para el sector agrícola, lo que, para muchos agricultores, significó el fin de las actividades productivas. La mayoría no pudo permitirse la compra de semillas comerciales, de fertilizantes importados y de productos químicos agrícolas. La importación de los excedentes de la producción del subvencionado sector agrícola de Estados Unidos y de Europa causaron un colapso de los precios locales del arroz, el aceite comestible, el azúcar, la carne de pollo y la carne de res. De esta manera, muchas granjas avícolas, ganaderas y empresas de producción láctea perdieron sus fuentes de ingresos. Muchos campesinos que se encontraban rumbo a la industrialización de sus actividades tuvieron que replegarse en la producción para su subsistencia.

Desde hace muchos años, numerosas empresas familiares no reciben ningún tipo de apoyo de las instancias estatales: logran sobrevivir, más mal que bien, como economía paralela a la agricultura industrializada, y aprovechar los espacios libres que les dejan las importaciones y las grandes plantaciones. La agricultura campesina local, tal como existe en muchas regiones del mundo, produce bajo condiciones difíciles y, lejos de recibir fomento del Estado, es ignorada por éste. Para su beneficio, prácticamente no se prevén subvenciones estatales o inversión pública en sistemas de riego o de servicios veterinarios. Debido a la lejanía de los mercados, las informaciones sobre el comportamiento de los precios no llegan a los pueblos y las aldeas, por lo cual, los campesinos, al momento de vender sus cosechas, están a la entera merced de los intermediarios.

Al mismo tiempo, la supervivencia de la agricultura campesina es una muestra de su vitalidad y de su tenacidad para desarrollar nuevas iniciativas, soluciones a sus problemas y perspectivas y posibilidades innovadoras. También, es una muestra de su creatividad, de la gran cantidad de personas cuyas vidas dependen de ella y de la imperiosidad de su existencia. Además, es mucho más que una alternativa de nicho. Tal como lo demuestran los ejemplos de Tanzania, Brasil e Indonesia, hay un sinnúmero de campesinos y campesinas creativos que saben cómo se practica la autoayuda. En la mayoría de los casos, por iniciativa propia y con tenacidad, excluidos de las políticas oficiales, y con una gran desventaja en la lucha por los recursos y los mercados, estos campesinos han obtenido una posición estable en el sector. Sus vidas, sus experiencias y sus logros pueden servir de ejemplo para desarrollar el potencial de la agricultura campesina local, también en otras regiones y países del planeta, y para abrir nuevas perspectivas para su desarrollo.



Tanzania: los locos de Dodoma

La gente decía que estaba loco”, recuerda Raphael Chinolo, y sonríe con satisfacción porque sabe que no es así. No tan loco como el grupo de europeos que hace poco tiempo pasó con sus bicicletas todoterreno por la aldea de Chamkoroma, en su camino de El Cairo hacia Ciudad del Cabo, cubiertos de lodo, extenuados, y con sus caras rojas por los efectos del sol y la fatiga. Pero, de todos modos, los vecinos los consideraban locos a él y a su mujer Jessica. ¿La razón? Hace diez años, en su shamba, su campo de siembra, Raphael comenzó a cerrar un gully de tres metros de profundidad, una de las muchas cárcavas formadas por la erosión, que durante la época de lluvias se convierten en fuertes torrentes que lavan y devoran los campos.

Arriba, donde la cárcava era estrecha, ellos comenzaron a crear zanjas y barreras con ramas y pasto elefante. De esta manera, el agua podía fluir mientras la tierra se sostenía. Platanales sembrados en las zanjas, entre las barreras, daban agarre adicional a la tierra. Ahora ya nadie sostiene que los Chinolo están locos. Hoy, en el lugar en donde solo había gravilla estéril, crece una variada vegetación de platanales, árboles frutales autóctonos, naranjos, limoneros, papayas, maíz, mijo, papas dulces, casave y alverjas. En un estanque viven peces que venden en el mercado de la aldea. Ante el éxito y el aumento de los ingresos de los Chinolo, algunos vecinos dejaron de juzgar su comportamiento, de dudar de su salud mental, y comenzaron a sentir envidia. Alguien puso veneno en el té de Chinolo. Afortunadamente, encontraron un antídoto preparado a base de una planta medicinal. Chinolo sobrevivió al atentado y ahora transmite sus conocimientos a otros campesinos de su aldea y de otros pueblos.

Udongo – Suelo

Cárcavas como la que, según ellos, “remediaron” los Chinolo, son una muestra de uno de los peores problemas que tiene que afrontar la agricultura en África: la erosión del suelo. Esta erosión afecta a millones de campesinos, especialmente, en regiones semiáridas, como la de la ciudad Dodoma, en las que periodos breves e intensos de lluvia se intercambian con largas sequías. Las precipitaciones, que se esperan año tras año con ansiedad, lavan y extraen los nutrientes del suelo.

Anteriormente, la reacción de la familia Chinolo hubiera sido mudarse a vivir en otro lugar, cuando el suelo hubiera perdido todos sus nutrientes. Primero, hubieran talado la vegetación de un terreno de suelo fértil y la hubieran quemado toda. En cambio de trabajar la tierra con el arado, hubieran utilizado el azadón o la pica para hacer pequeños huecos donde colocar las semillas; hubieran esperado la lluvia y, de vez en cuando, retirado la maleza. Después de algunos años, cuando el rendimiento del suelo hubiese comenzado a descender, hubieran iniciado este proceso de nuevo. No obstante, la tierra apta para el cultivo nómada es cada vez más escasa, no solo en las faldas fértiles del Kilimanjaro, al norte del país, cerca a la frontera con Kenia, sino también en la región montañosa central de Dodoma. Además de esto, hace algunos años, en el marco del proceso de descentralización, el gobierno de la aldea recibió el derecho de asignación de la tierra. Ahora, el consejo de la aldea puede imponer estrictas normas para su utilización: algunas zonas deben ser reforestadas y otras se reservan para el pastoreo. Aldeas como Chitego, Leganga y Pingalame poseen, incluso, zonas de protección para detener la erosión y resguardar los recursos hidrológicos. Esto significa que, ahora, las familias no pueden, simplemente, mudarse a otro

terreno cuando el suelo se haya agotado, y comenzar a cultivar otro campo; ahora tienen la obligación de proteger la fertilidad del suelo. Aquellos que pueden permitírselo, compensan la pérdida de los nutrientes por medio de fertilizantes artificiales; no obstante, la mayoría no posee los recursos para hacerlo.

Los Chinolo pueden mostrar las consecuencias de la falta de fertilizantes en forma casi científica. A primera vista, uno de sus terrenos, en el que está sembrado mijo ya casi listo para la cosecha, tiene una buena apariencia: plantas robustas y altas, hojas verdes lanceoladas, y panículas gruesas. Pero en el terreno aledaño las plantas son más altas, los tallos más fuertes, el verde más verde, y las espigas, el doble de gruesas. La diferencia no reside en el tipo de mijo, en el suelo o en el agua; como en un ensayo científico, las condiciones de cultivo son las mismas en ambos terrenos. El único factor variable se denomina mapambano. Los Chinolo no tenían suficiente de este fertilizante orgánico para toda su shamba, y las consecuencias saltan a la vista. También pueden sustentarse con cifras: 50 sacos de maíz por hectárea, si se utiliza mapambano; diez sacos si no se usa. Y en los años de bajas precipitaciones, con frecuencia, “sin mapambano no hay cosecha”.

No obstante, el vecino de Suzana Silvesta se niega a utilizar mapambano, lo que se nota en su maíz desollado y en el terreno arenoso. Él se opone a utilizarlo porque el mapambano “se lo inventó una mujer”, su vecina, que ahora ha obtenido cierta fama (FOTO Suzana). La aldea Haubi, en la que habita, se encuentra a solo 36 kilómetros de la capital del distrito Kondoa. Debido a la mala carretera serpenteante que se extiende por el terreno montañoso, cuarteado por las cárcavas de erosión, un viaje hacia la capital tarda dos horas en un coche todo terreno; y si llueve, no se puede viajar. En 1957, cuando Suzana quedó viuda a la edad de 27 años, se dio cuenta de que la media hectárea de tierra de la que disponía apenas le alcanzaría para alimentarse a sí misma y a sus ocho hijos durante dos meses. Entonces, comenzó a experi-



La Shamba de la arena del río

La hermana Martha sigue luciendo su atuendo religioso – vestido azul y toca blanca – y un delantal con el emblema “Picnic '90”. Después de que, hace algunos años, se retirara de la orden religiosa por razones de salud, buscó desesperadamente una forma de asegurarse su existencia. Un día, reflexionando a la orilla del río, le vino la idea de recoger la arena que el río transporta con sus aguas. Poco después, después de la temporada de lluvias, cuando el río estaba seco, como de costumbre, comenzó a trazar zanjas en el cauce del río, cerca de la orilla; en estas zanjas sembró caña de azúcar. En la siguiente temporada de lluvias, la arena se acumuló ante estas barreras fuertes y flexibles. Al comienzo todos, incluso sus familiares, la calificaron de loca. Sin embargo, paulatinamente, año

tras año, la nueva tierra obtenida fue creciendo y creciendo. Actualmente, sor Martha posee un campo de 2 ha, en donde cultiva caña de azúcar, platanos, árboles frutales y hortalizas. ¿Que el trabajo es duro? “Si, lo es”, afirma Martha mientras sonríe. ¿Y cómo le parece que ahora otros hayan comenzado a utilizar este método? “No es ningún problema”; y agrega que ayudar a otros a asegurar su alimentación es “suficiente satisfacción”.



mentar con compostaje: en vez de quemar el corazón del maíz y otros restos de la cosecha, como siempre se hacía, los depositó en una fosa. Poco a poco fue agregando a esta mezcla cenizas, estiércol, orina, aguas residuales, restos de la cocina y pasto, hasta que encontró la composición perfecta. También notó que el compostaje ocurría más rápido entre más profunda fuera la fosa. En el curso de menos de seis meses, el contenido de su vertedero, de hasta tres metros de profundidad, debidamente cubierto y humedecido ocasionalmente, se transformó en tierra grumosa, oscura y fértil, suficiente para proveer nueva tierra fructuosa a las plantas de varias hectáreas de cultivos. Lógicamente, esto implicó mucho trabajo, admite Suzana, pero no es necesario abonar la tierra durante dos años después. Y sobre todo, el fertilizante orgánico de producción propia no cuesta nada. Gracias al mapambano ya no sabe qué significa perder una cosecha.

Fluctuaciones en el nivel de precipitaciones, suelos difíciles, grandes distancias hasta la ciudad más cercana y una infraestructura deficiente – estos y muchos otros factores hacen de la agricultura, en muchas regiones de África, una actividad complicada y riesgosa, que requiere mucha tenacidad y experiencia. Durante generaciones se desarrollaron diversos métodos de cultivo adaptados a las difíciles condiciones reinantes. Pero la escasez de tierra hace necesarios nuevos métodos de cultivo y desarrollo creativos.

Suzana y los Chinolo son solo algunos de un sinnúmero de “inventores locos” (véase recuadro: de Rio de Janeiro a Kelema). La diferencia entre ellos y Giro Sin Tornillos es que sus inventos, desarrollados casi siempre por iniciativa propia y sin ayuda externa, sí funcionan. INADES, la organización africana de desarrollo (véase recuadro), casi en calidad de fuente de capital de riesgo de la sociedad civil, ha aprovechado estos métodos, ha fomentado el intercambio de experiencias entre los campesinos y ha celebrado seminarios de formación adicionales. De esta forma, se convirtieron en la semilla de un movimiento innovador de mejora de la agricultura, de acuerdo con las posibilidades, condiciones y circunstancias reinantes. Y lo más importante es, tal vez, que en lugar de sentirse atacados por el común “síndrome de la ayuda”, de quedarse de brazos cruzados en espera del apoyo de las autoridades o de las ONG, los campesinos y las campesinas desarrollaron su propia iniciativa, la cual recibió el apoyo que se requería.

Ahora son el ejemplo a seguir por cientos de campesinos de la región pues, como ocurre con los Chinolo, el éxito de su innovación se refleja claramente en un mayor rendimiento y, por ende, en mayores ingresos. Hoy, Suzana tiene cuatro hectáreas de tierra y una casa nueva y sólida, y cada uno de sus ocho hijos goza de educación escolar; Frumense Vincent, un “innovador” de Kelema, es propietario de un pequeño local de alimentos en la calle central del pueblo; Hamza Abdalla tiene un camión y un molino de cereales de su propiedad; la campesina Dangilo Salum tiene, ahora, suficiente dinero para alquilar un tractor; y otros pudieron ahorrar el monto equivalente a € 180 para adquirir un arado de bueyes.

Por medio del bienestar “se reducen los conflictos sociales”, comenta Abdalla Kifari, jefe del consejo del pueblo de Chitego: en el pasado, la escasez causaba con-

flictos entre las familias; ahora reina “la armonía”. El reconocimiento del que ahora goza Suzana la hace sentirse bien, nos explica. No obstante, lo más importante es ayudar a la comunidad, especialmente a las mujeres, a mejorar la seguridad alimentaria de sus familias.

Si bien los campesinos practicaban agricultura orgánica “por obligación”, porque no contaban con los recursos para fertilizantes químicos y venenos agrícolas industriales, ahora muchos lo son por convicción propia. Por ejemplo, mapambano no solo aumenta la propia producción, sino que ahora, también, se vende como “pan caliente”, comenta Chinolo. Los campesinos pagan 1000 chelines, casi un dólar estadounidense, por 20 kilogramos del producto. Por el contrario, en el distrito de Kondo casi nadie compra el fertilizante sintético importado y subvencionado, para cuya utilización el gobierno tiene que enviar asesores agrícolas estatales a los campos. Incluso, las autoridades distritales fomentan el uso de fertilizantes orgánicos en oposición a la política del Ministerio de Agricultura. El colaborador de INADES, Baruani Iddi, explica que los campesinos han declarado algunas “zonas libres de productos químicos”, como las aldeas de Chitego y Pingalame. Cualquier persona con la que se habla parece conocer las experiencias de las “cuatro grandes provincias” y parece haber reaccionado de acuerdo a éstas. Durante muchos años se utili-



INADES – Tanzania es una organización no gubernamental basada, principalmente, en las tradiciones cristianas, que trabaja en el sector de formación de adultos en zonas rurales y en la investigación de cuestiones campesinas. Apoya a pequeños campesinos y campesinas para que desarrollen sus conocimientos y sus experiencias y los compartan con otros; para que aprovechen de manera óptima los recursos disponibles; y para imponer sus derechos e intereses ante las instancias estatales. La prioridad de su trabajo es asegurar, a largo plazo y de forma sostenible, la existencia básica de la población campesina agricultora. Asimismo, presta apoyo para la creación de cooperativas de comercialización y en la búsqueda de mercados para, así, generar fuentes de ingresos que brinden a las familias la posibilidad de salir de la pobreza.

Recuadro INADES

Después de que en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, celebrada en 1992 en Río de Janeiro, los jefes de Estado y de Gobierno hubieran adoptado la Convención Para la Lucha Contra la Desertificación, firmada especialmente por causa de la presión que ejercieron los países africanos, el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas redactó una “Progressive Farmers Initiative”, PFI, (Iniciativa de campesinos progresivos). Con base en ésta, INADES comenzó a buscar y a crear redes entre “campesinos innovadores” en Uganda, Tanzania y Kenia; campesinos como Chinolo, Suzana Silvesta y Frumense Vincent (véase recuadro: El agua bajo la arena). Asimismo, se impartió asesoría sobre una mejora continua de los métodos de cultivo y la creación de grupos de ahorro. Parte del apoyo fue, asimismo, reducir la desconfianza y la reticencia provenientes de la población, y lograr que los “innovadores” salieran de su escondite. Por ejemplo, cuando Frumense Vincent comenzó a sembrar maíz en su shamba cubierta de arena del río, las autoridades medioambientales lo demandaron porque estaba prohibida la agricultura en los cauces fluviales. Una visita del jefe

del distrito, concertada por INADES, convenció a las autoridades de la efectividad del método. En el caso de la hermana Martha, INADES, incluso, tuvo que contratar a un abogado, ya que su logro de obtener nuevos terrenos del río despertó la envidia de un familiar, quien exigió sus derechos sobre la tierra. Aquí también, gracias a la intervención de las autoridades distritales, logró desvirtuarse esta injusta demanda.

La orientación de INADES por el desarrollo rural y la seguridad alimentaria por medio de la utilización de recursos y conocimientos propios; y la valoración del ser humano como agente principal y experto para la solución de sus problemas, van perfectamente de acuerdo con los temas centrales de trabajo y la filosofía del EED, institución que apoya la labor de INADES en Tanzania, desde 1977. El apoyo financiero se destina a los programas desarrollados en las regiones rurales y hacia las estructuras institucionales como, por ejemplo, la labor de coordinación realizada por la oficina de Dodoma.

zaron toneladas de fertilizantes sintéticos en los cultivos de maíz y de algodón de las cuatro provincias agrícolas más importantes, Iringa, Ruvuma, Mbeya y Rukwa, localizadas al suroeste del país. Esto hizo colapsar la fertilidad de los suelos de la región; sin fertilizantes ya no crece nada. Incluso, con la utilización de grandes cantidades de productos químicos la producción es ahora menor.

Por otra parte, los jóvenes campesinos que cultivan tomates y otras hortalizas en Chamkoroma no renuncian a los productos químicos. “Necesitamos fertilizantes sintéticos y pesticidas”, afirman. Además, esto es lo que les recomendó “Bwana Shamba”, el asesor agrícola estatal. Chinolo los ha invitado a una reunión para discutir sobre la agricultura orgánica. Pronto se desarrolla un acalorado debate. Chinolo y sus partidarios hablan de los bajos costes y de la utilización de los recursos locales, y argumentan, una y otra vez, con la protección del medio ambiente, la sostenibilidad de la fertilidad del suelo y la protección de los recursos de agua. Además de esto, sus productos tienen un mejor sabor. Los jóvenes campesinos presentan argumentos en contra: daños causados por parásitos; estabilidad del nivel de producción para poder pagar sus créditos;...y menos trabajo, ya que, para obtener los productos, solo tienen que contactar al comerciante. “Él solo quiere ganar dinero”, argumenta el grupo de Chinolo, y les vende productos de mala calidad o que no sirven para nada. Eso sí, los “orgánicos” tienen que aceptar que su forma de producción implica una carga laboral mayor, si bien solo al comienzo, en los primeros años. Pero en compensación, la producción es mucho más estable que con la utilización de químicos, y los ingresos netos son mayores, demuestra Chinolo triunfante, con base en un estudio de la Universidad Agrónoma regional. Si bien no logró convencer a los jóvenes cultivadores de hortalizas, por lo menos ellos aceptan que la utilización de mapambano es más beneficiosa para el suelo y para el medio ambiente.

Fertilizantes para una “revolución verde”

Los campesinos y las campesinas africanos utilizan relativamente pocos fertilizantes sintéticos, por el hecho de que son pobres. La opinión de las multinacionales productoras de fertilizantes es diferente: “Son pobres porque casi no utilizan fertilizantes”. Mientras que los campesinos y las campesinas de África subsahariana utilizan, en promedio, tan solo de 8 a 9 kilogramos por hectárea, en las regiones de la “revolución verde”, en Asia y Latinoamérica, se alcanzan niveles de 140 kg / ha. Y ya que muy pocos países africanos poseen los recursos para desarrollar una industria propia de fertilizantes, África representa para estas multinacionales un potencial de mercado enorme. En grandes conferencias como la “Cumbre de los fertilizantes”, celebrada en junio de 2006 en la capital de Nigeria, Abuja, las asociaciones industriales, como la Asociación Internacional de la Industria de los Fertilizantes, IFA, de EE.UU., pusieron en movimiento el aparato de lobby para lograr la reducción de las barreras comerciales, y fomentar la compra de fertilizantes con apoyo del gobierno, por ejemplo, por medio de subvenciones estatales. No obstante, según cálculos de la FAO, para que la utilización de fertilizantes sea beneficio-

sa para el campesino y / o para el suelo, es necesario vender de 5 a 10 toneladas de productos agrícolas por cada tonelada de fertilizante que se utiliza para la producción. La mayoría de los campesinos, quienes no tienen acceso a microcréditos, no pueden permitirse la compra de fertilizantes sintéticos. Además, los productos tienen que suministrarse a los clientes: importación, almacenaje, transporte y distribución ocasionan costos importantes y dificultades logísticas; entre otras razones, por el hecho de que estos fertilizantes son sensibles al calor y a la humedad y solo benefician realmente a los campesinos, si se les suministran en el momento preciso. Sin embargo, cuando más se necesitan, en el momento de la siembra, generalmente no están disponibles. Si el fertilizante no se utiliza de forma adecuada, mezclado con humus intacto, en la mayoría de los tipos de suelos de África las primeras lluvias extraen el químico del suelo. Los suelos no poseen minerales de arcilla a los cuales puedan acoplarse las moléculas del fertilizante sintético. Estos problemas no se presentan con mapambano, el fertilizante orgánico local, porque los nutrientes vegetales están integrados en la masa inorgánica.



Mbegu –Semillas

La queja de los comerciantes de productos agrícolas que se escuchó en el curso de la discusión con los cultivadores de tomate es bastante común. “Nos venden la semilla equivocada”, comenta también Asha Mwinyi, de Chitego. Muchas de las semillas de alto rendimiento que ofrecen a los campesinos, frecuentemente importadas, no son aptas para condiciones con un nivel bajo y fluctuante de precipitaciones y con condiciones de suelo precarias. Además, solo alcanzan su pleno potencial bajo la utilización de fertilizantes sintéticos. Pero muchos comerciantes solo piensan en sus negocios. Su tipo de semilla preferida es la híbrida que, después de la cosecha, no puede utilizarse de nuevo para la siembra, lo que significa que los campesinos y las campesinas se ven obligados a comprar semillas año tras año. En el caso de frijoles, tomates y girasoles, esto no representa un gran problema porque

se trata de volúmenes menores; pero en el caso del maíz o mijo que, para los campesinos es un producto alimenticio básico y un importante producto de venta, usualmente el único, un asesoramiento erróneo y altos costos pueden ser fatales para el pequeño productor.

Suzana, “Mamá Mapambano”, no se ve afectada por esto. Ella utiliza el tipo de semillas de maíz que heredó de sus antecesores, el cual, según ella afirma, alimenta mejor que las nuevas variedades, madura con la misma rapidez y, además, es resistente a los parásitos. Cada año, después de la cosecha, escoge las mazorcas saludables y de buen sabor, de plantas fuertes y rendidoras, para utilizarlas como semillas para la próxima siembra; un proceso simple y paciente de cría y mejora de la especie que, en el curso de varias decenas de años, ha brindado variedades de maíz con diversidad genética, adaptadas a las condiciones e idóneas para el cultivo. Los daños en el almacenaje que pueden causar las ratas, los evita por medio del método de almacenaje correcto (véase foto). Asimismo, protege el maíz contra hongos y otros parásitos mediante ceniza y estiércol seco de cabra.

También, Mathias Mtwale realiza una contribución para abolir la dependencia frente a los comerciantes de productos agrícolas. Mtwale, de 30 años de edad, está activo en todos los sectores posibles: campesino innovador exitoso, portavoz elegido de la aldea de Chitego, y miembro de la junta directiva de la red regional de comunidades de campesinos. Asimismo, es muy dinámico en la red de “innovadores”, y acaba de regresar de India, donde participó en un programa de intercambio. Hace algún tiempo, él comenzó a producir semillas certificadas para diferentes variedades de maíz y girasol. Un instituto estatal de cría de plantas que, con base en variedades antiguas, ha desarrollado nuevas variedades adaptadas a las nuevas condiciones, le pone a disposición las semillas madre, las cuales Mtwale reproduce en su propio terreno. Sus semillas son más baratas, él ofrece crédito y, además, los clientes saben muy bien lo que Mtwale les vende. En las semillas de producción industrial, por lo general, se venden variedades falsificadas. Es imposible reconocer a la vista las propiedades de las semillas, y en África no existen, prácticamente, controles de semillas comercializadas. Pero sobre todo, los campesinos que utilizan las semillas de Mtwale pueden emplear, sin problema alguno, parte de la cosecha como semilla de futuros cultivos, ya que sus semillas no están protegidas por derechos de propiedad intelectual.



Dado que la mayoría de los campesinos del continente practican los mismos métodos que Suzana y Mathias, el mercado africano de semillas comerciales, con un volumen de menos de U\$ 820 millones (2005), está completamente “subdesarrollado”. La gran mayoría de este volumen recae en Sudáfrica, país que posee una agricultura industrializada de exportación. Tal como muchos otros países del mundo, los campesinos africanos utilizan sus propias semillas (*farmer's seeds*), intercambian semillas con los vecinos, o las compran en los mercados locales y no a los comerciantes de productos agrícolas. Este sector informal cubre, en muchos países en vías de desarrollo, del 80 % al 90 % de la demanda. Las semillas locales no solo son más baratas que las semillas comerciales; también, con sus variedades exitosas adaptadas a las condiciones de la región, van más de

acuerdo con los requerimientos de la agricultura campesina, que las semillas de alto rendimiento o híbridas. Éstas necesitan mejores condiciones para, realmente, generar beneficios; ocasionan costes adicionales, como fertilizantes y pesticidas; y requieren una irrigación estable. No obstante, sería beneficioso que el sector tradicional de las semillas recibiera un nuevo impulso, ya que el nivel de producción está estancado. Existen prometedores proyectos de cría de semillas en los que los campesinos cooperan de forma estrecha con expertos del sector.

Naturalmente, tales proyectos arruinan el negocio de las multinacionales productoras de semillas. Al mismo tiempo, la industria de fertilizantes ha puesto su mira en la agricultura africana, ya que reconoce el gran potencial de crecimiento que allí reside, con un bajo consumo per cápita. Por esta razón, desde hace años, ejerce presión sobre los gobiernos africanos para que impongan “reformas” al sistema. Asociaciones de productores de semillas, como la Asociación Norteamericana de Comerciantes de Semillas, ASTA, o la Asociación Europea de Semillas, ESA, desarrollan diversas actividades para impulsar la integración y la armonización regional de la política y de los procesos de regulación en el sector de las semillas, y forzar a los Estados africanos a adherirse al Tratado Internacional de Protección de los Derechos de Criadores. Algunos de los objetivos principales son: la imposición de un estricto derecho de patentes, la prohibición de la resiembra de semillas, y el establecimiento de una red comercializadora que suministre a los campesinos semillas comerciales, fertilizantes y pesticidas. Estas asociaciones reciben el apoyo de organizaciones estatales de desarrollo, como la USAID; del Banco Mundial, con programas como la Iniciativa por la Semilla para África Subsahariana, SSASI; y de fundaciones privadas, como la Bill&Melinda Gates Foundation y su “Alianza para una revolución verde”.

Al mismo tiempo, multinacionales productoras de semillas, como la empresa estadounidense Monsanto, líder en el mercado de plantas transgénicas, tratan de conquistar el continente africano con sus productos, y de socavar la oposición de muchos gobiernos africanos ante sus productos, la cual proviene del temor a los posibles daños a la salud y a la biodiversidad de la flora. El gobierno de Tanzania ha comenzado a tambalear: debido a la presión que el gobierno de EE.UU. y la USAID

ejercen desde hace mucho tiempo, es posible que próximamente se autoricen pruebas de campo con algodón transgénico, a pesar de que ejemplos en Sudáfrica e India, entre otros casos, han demostrado que, por lo general, esto no representa para los campesinos una reducción de los costes, como en el caso del control de plagas, sino todo lo contrario. Para los productores de Tanzania, una reducción de las subvenciones para los productores norteamericanos de algodón sería más beneficiosa que la tecnología transgénica ya que, gracias a dichas subvenciones, los productores estadounidenses poseen una ventaja competitiva injusta en el mercado mundial, comenta Baruani Iddi, colaborador de INADES.

Maji - Agua

Ahora, los campesinos de Dodoma ya no están completamente a la merced de la benevolencia de los dioses de la lluvia. No tienen dinero para pozos de alta profundidad ni para bombas, y el nivel de las aguas freáticas es muy profundo. En esa región no existen lagos ni ríos que lleven agua durante todo el año. Las pocas reservas de agua y los sistemas de irrigación, que datan de la época colonial, pasaron a ser propiedad del Estado, se están desmoronando o se enarenan. Desde los puntos de



Agua bajo la arena, o un desastre con consecuencias positivas

Frumense Vincent fue atacado por la malaria. Un hombre fuerte y grande, ahora parece debilitado. No obstante, acude a la cita, ya que quiere contar su historia, que ha pasado a ser la historia de cientos de campesinos en la región de Kelema, un pueblo al lado de la carretera que va desde Dodoma hacia la capital distrital, Kondoa. El encuentro se realiza en su cafetería, una pequeña casa de piedra al lado de una fila de casas similares al pie de la carretera. La decoración, unas mesas, unos bancos de madera y un calendario, y de beber, refrescos. Este café es una de sus propiedades. Hace diez años pensó que había perdido todo lo que poseía. Durante la época de lluvias, el cauce del río se había desviado algunos kilómetros. Y de un día para otro, los campos del pueblo aparecieron cubiertos de una capa de arena blanca y fina que, en algunos lugares, alcanzaba hasta un metro de grosor. "Si bien lloramos, no nos resignamos", comenta Subira Mwinyuma, una campesina de la zona. Estamos sobre su antiguo campo de cultivo, ahora blanco, seco y caliente. Frumense

comienza a excavar, y a una profundidad de 30 a 40 centímetros llega a una capa de tierra húmeda, oscura y fructífera. Exactamente eso fue lo que hizo después de las inundaciones de ese entonces. En las excavaciones comenzó a sembrar maíz y cuando las plantas ya habían crecido un poco, llenaba los huecos con arena. Después de un tiempo, se tenía la impresión de que el maíz crecía en la arena. La producción era buena. No era necesario desmalezar o combatir parásitos, ya que la arena servía de herbicida y pesticida natural. Y lo más importante: este método podía utilizarse para una segunda cosecha durante la sequía. Ahora, este procedimiento se utiliza para cultivar tomates, papas dulces y berenjenas. La maldición del río de arena resultó ser una bendición, por el hecho de que Frumense no se resignó ni abandonó sus campos. Hoy, las tierras que se encuentran bajo la arena del río son muy codiciadas. Su precio es 4 a 8 veces mayor que el promedio normal, lo que no sorprende, ya que allí pueden generarse ganancias de hasta el equivalente a \approx 2.500 Euros por hectárea, nos comenta Frumense. Ahora que todos en Kelema utilizan este método, el pueblo prospera.

vista técnico y financiero, sería utópico construir nuevos sistemas de riego de alto rendimiento en esta región montañosa. Lo único que queda es confiar en la lluvia. En la región de Dodoma, las precipitaciones, ese don de la naturaleza, alcanzan entre noviembre y abril un volumen promedio anual de 500 a 600 mm. Esto es, aproximadamente, una cuarta parte menos que en Alemania. Las lluvias normales aseguran la supervivencia. Cuando son mayores que lo común, como en este año, se registran niveles récord de cosecha. Pero cuando las lluvias son escasas, irregulares o muy cortas, o llegan muy tarde o cuando no es debido, puede presentarse una pérdida total de la cosecha y la ruina total para los campesinos.

Mapambano sirve para mejorar la situación. Esta tierra oscura, granosa y fructífera, proveniente del pozo de compostaje, no solo aporta nutrientes al suelo, sino que, cuando se ara junto con los restos de plantas, ayuda a conservar su humedad. Y éste es un factor determinante, tanto para el nivel como para la seguridad de la producción. Cada semana en la que se logra conservar la humedad se mejoran las perspectivas de la cosecha y se reduce la angustia ante los prolongados meses de sequía, en los que no cae una gota del cielo, en los que los ríos se convierten en pistas de arena, y en los que desaparece cualquier vestigio de verde en la naturaleza.

Además de esto, en Chamkoroma, el consejo de la aldea ha autorizado la forestación de terrenos municipales en el curso superior de un río arenoso. El arrendador ha sembrado árboles frutales y variedades autóctonas de rápido crecimiento. Allí, ya se ha formado un pequeño bosque en el que se han localizado colmenas de abejas y se puede cortar pasto para el ganado. La madera pertenece al arrendatario; no obstante, se espera que él ponga a disposición una parte de ella, para el trabajo del municipio. En el curso de pocos años, la tierra arenosa se ha convertido en un suave suelo de bosque. Las raíces sostienen la tierra, las lluvias penetran el suelo de forma más fácil y, en vez de causar inundaciones, salen nuevamente a la superficie en un manantial localizado abajo en el valle, y pueden utilizarse para regar huertas de hortalizas.

Sin embargo, los habitantes de Chamkoroma no creen aún que están preparados para dar el siguiente paso, para no depender de la indulgencia de los espíritus de la lluvia: la construcción de represas y embalses pequeños que les permitan almacenar las lluvias durante más tiempo. La agricultura requiere una gran inversión de tiempo: la producción de mapambano, establecer terrazas, sembrarlas con pasto de búfalo, sembrar nuevos árboles, tapar cárcavas de erosión, enterrar con el arado restos de plantas, y cubrir el suelo con paja para conservar la humedad. Raphael Chinolo ya se ha informado sobre métodos de “cosecha de la lluvia”. Por ejemplo, realizó una visita a India, en donde hay muchas comunidades de campesinos que optimizan el suministro de agua por medio de represas, embalses, reforestación y otras medidas. Chinolo y la comunidad de la aldea no pueden contar con el apoyo del gobierno. Como medida inicial, ahora realizan planes de reparar un antiguo embalse en ruinas, que se construyó en la época colonial, localizado arriba de la aldea.

Kujitegemea – Autonomía

Como si fueran los dedos de una misma mano, campesinos y campesinas, como Chinolo y Suzana, coordinan en un complejo y flexible sistema de cultivo todos los factores de producción a disposición en la árida región central de Tanzania: tierra, fertilizantes, semillas y mano de obra. Desde hace mucho tiempo, el nivel de producción es suficiente para afrontar sin desasosiegos el temido periodo de hambre de los meses secos. “La prioridad es la seguridad alimentaria”, comenta Mathias Mawale. Venden sus excedentes a intermediarios que van al pueblo. De esta manera, ellos no



solo han contribuido a que la región de Dodoma sea, actualmente, el mayor territorio productor de maíz del país; asimismo, gracias a su trabajo, Tanzania no depende ahora de importaciones ni de ayuda externa. Todo lo contrario: las exportaciones a países colindantes son una fuente de ingresos para el país. Además de esto, su labor contribuye a hacer realidad el sueño de Julius Nyerere, primer Presidente de Tanzania después de la independencia, si bien con cierto retraso.

En el idioma suahili, “autonomía” se dice kujitegemea. Este es el lema bajo el cual Tanzania emprendió el camino hacia un desarrollo independiente en los años 1960; allí se le dio importancia central al desarrollo rural. No obstante, a comienzos de los años 1970, el shock que produjo el precio del petróleo provocó un fuerte retroceso, en el afán por el self-reliance, o sea, el desarrollo con recursos propios. El

sobreendeudamiento, los programas de reforma estructural y los recortes en los gastos estatales contribuyeron a que, prácticamente, desaparecieran los servicios que el Estado prestaba al sector de la agricultura campesina de menor escala, como la distribución de semillas y fertilizantes, los precios garantizados, las ayudas de comercialización, la ayuda en infraestructura y la asesoría. Ante esta situación, con gran tenacidad y creatividad, muchos campesinos desarrollaron sus propias iniciativas para alcanzar su kujitegemea.

El catedrático Amon Z. Mattee, de la Universidad de Ciencias de la Agricultura de Morogoro, admira el entusiasmo de los “campesinos innovadores” y hace un llamado para que el gobierno y la investigación agraria les presten más apoyo. Al mismo tiempo, considera necesaria la combinación de la agricultura orgánica y la utilización moderada de insumos externos, con el objeto de lograr un aumento en el nivel de la producción. En este contexto, es importante alcanzar un equilibrio entre costos y productividad, que garantice la seguridad alimentaria y excedentes de producción comerciables. Mientras no existan pruebas científicas de que es posible practicar ampliamente la agricultura orgánica de forma sostenible, él tiene dudas acerca de que el camino orgánico tenga la capacidad de alimentar a África. Por tanto, comprende la política del gobierno de hacer asequibles para más campesinos los fertilizantes industriales y otros insumos externos. “La seguridad alimentaria es una cuestión de seguridad nacional, ya que sin ella, un país pierde su soberanía, y el gobierno su base política”.

Indonesia: los pequeños productores y el mercado mundial

El pueblo de Marlaung, en la llanura oriental de Sumatra, está en medio de un flotante océano verde de apariencia infinita, de palmas de aceite, que se pierde en el horizonte. Un verdadero mar de dinero del que no participan los habitantes de Marlaung. En el pasado, esta tierra era luat, es decir, comunitaria, y pertenecía a la población autóctona de la etnia Batak. Después, vinieron los holandeses y colonizaron Sumatra, una de las islas más grandes del mundo, junto con el archipiélago indonesio. Los colonizadores trajeron las plantaciones que, incluso, después de la independencia de 1945, continuaron expandiéndose. Inicialmente, talaron los bosques de madera fina; después, trajeron el caucho; el tabaco; a las regiones altas, el café; y, en los años 1970, las palmas de aceite. Las casas, los cementerios, los pozos y los campos fueron las pruebas de que los Batak habían habitado y explotado estas tierras desde generaciones; no obstante, debido a que no pudieron presentar registros de propiedad, escrituras ni certificados de impuesto predial, el gobierno central de Yakarta extendió concesiones de miles de hectáreas de tierra a empresas estatales y privadas, muchas de ellas de propiedad extranjera.

De propietarios a contratistas

En el mercado al aire libre, situado en la plaza del pueblo, que está rodeada de una mezquita verde, pequeñas tiendas, y casas bajas de madera o de ladrillo rojo, se han reunido los hombres del pueblo; algunas mujeres están sentadas al margen y escuchan lo que se dice. Uno tras otro expresan sus denuncias contra las plantaciones: robo de tierra, de agua, destierro de campesinos, falsas esperanzas de obtener un trabajo fijo en las plantaciones, promesas no cumplidas, degeneración de la cultura y



de los valores de la comunidad. Por causa de las aguas residuales provenientes de los molinos aceiteros, no es posible practicar el cultivo de arroz o la pesca río abajo. Después de haber perdido sus tierras, su río y sus bosques, ahora tienen que vivir, más mal que bien, de tres o cuatro hectáreas de árboles de caucho y de la horticultura. Algunos de los jóvenes del pueblo trabajan como ayudantes de cosecha o de vigilantes en las plantaciones. No obstante, la demanda de mano de obra es baja, las condiciones laborales duras y los sueldos son bajos.

Hace algunos años, más de 1.000 habitantes del pueblo ocuparon la plantación por la fuerza. Después de tres semanas, la policía militar, que

A Ngatimin “Keling”, “el negro”, se le puso ese apodo con toda la razón: cabello negro, piel oscura, ojos oscuros y una camiseta negra desteñida. Hace mucho tiempo, sus antepasados fueron traídos de Java para trabajar en las plantaciones de la empresa holandesa productora de caucho, N.V. Rubber. Cuando en 1936 se presentó una fuerte hambruna, ellos talaron 300 hectáreas de selva; pagaron sus tributos y obtuvieron un certificado del jefe del pueblo, que confirmaba su estatus de usufructuarios de los terrenos. No obstante, desde la independencia, la plantación que, después de muchos cambios de propietarios, pertenece en la actualidad al gran grupo empresarial indonesio LonSum, se ha expandido y ha invadido sus tierras. Aquellos que se opusieron a esto eran tachados de “comunistas”, lo que, en los años 1970, era prácticamente una sentencia de muerte.

Ahora, “Keling” y otras familias cultivan de forma conjunta las 15 ha que les quedan, mientras que otros trabajan como jornaleros. Ellos deben hacer guardia día y noche, ya que la plantación trata de expulsarlos una y otra vez. Cuando se presentan disputas, las mujeres se colocan en primera fila: “Ellas presentan argumentos, los hombres comenzarían a matar”, explica “Keling”. Desde hace años, la multinacional se opone a sus reivindicaciones de devolución de la tierra con tácticas dilatorias y amenazas; con policía militar y juzgados. ¿Por qué LonSum tiene tanto interés en su tierra, a pesar de que es propietaria de millones de hectáreas? “Por pura codicia”, responde “Keling”. Además, esto sentará un precedente y LonSum tiene que afrontar estas demandas en muchas plantaciones de diferentes regiones del país. “Exigimos nuestras tierras, no para obtener riqueza, – agrega “Keling” –, se trata de la supervivencia de 511 familias”.

acudió allí plenamente equipada para la batalla, los expulsó. Algunos de los ocupantes fueron a la cárcel. Y desde cuando en todo el mundo se habla de los combustibles agrarios, negocio muy rentable, han disminuido, aún más, sus oportunidades de recuperar, al menos, parte de su tierra. Lejos de pensar en la devolución de la tierra, ante el incremento de los precios en el mercado mundial, nuevas plantaciones que surgen en diversas regiones de la isla desplazan a pequeñas empresas campesinas. Además, se talan grandes superficies de selva lluviosa. Por causa del boom de los combustibles agrarios, la palma de aceite promete convertirse en una gran fuente de ganancias, ya que de ella puede obtenerse una cantidad de aceite diez veces mayor que de la soya y 4 veces mayor que de la colza.

Muchos de los habitantes de Marlaung centran sus esperanzas en una “Plantación popular”. El consejo del pueblo firmó un convenio con una empresa según el cual, sus habitantes tienen derecho a gestionar el 40 % de su plantación. La empresa se encarga de la gestión general y del funcionamiento del molino de aceite, al cual los campesinos tienen que entregar el producto de su cultivo. En retribución, y como compensación de las inversiones realizadas para la explotación de la plantación, la empresa recibe el 40 % de la producción de los campesinos. El objetivo de los pequeños productores es solucionar, de una vez por todas, sus problemas de capital y asegurar un ingreso constante equivalente a US\$ 70 al mes. Ellos esperan, de acuerdo con los cálculos de la empresa, haber pagado todas sus deudas dentro de 6 años. Después de 25 años, cuando finalice el ciclo productivo de la palmera, la tierra pasará a ser propiedad de los campesinos.

“El beneficio es mucho menor de lo que se esperaba y de lo que se prometió en un comienzo”, comenta Safaruddin Siregar, Director de la ONG indonesa para el desarrollo, BITRA (véase recuadro) y frena las expectativas haciendo alusión a otros convenios similares. Los campesinos son totalmente dependientes de la gerencia de la empresa ya que, prácticamente, no pueden controlar la rendición de cuentas. Por el contrario, para las plantaciones este convenio es una inteligente jugada política, ya que hacen de los campesinos sus aliados y socios comerciales y, así, evitan protestas y conflictos que podrían perjudicar su imagen y sus negocios.

BITRA – Derechos de tierra para un desarrollo sostenible



Desde la fundación de BITRA, en los años 1980, la cuestión de la tierra ha sido una parte central de

su trabajo. Plantaciones de caucho, grandes aeropuertos, proyectos de minería y plantaciones de palma de aceite para combustibles agrarios, representan siempre una amenaza para las bases de existencia de los seres humanos. BITRA apoya a las personas en la defensa de sus derechos y para oponerse a la corrupción y a las expropiaciones.

El desarrollo sostenible tiene un vínculo inapelable con la democracia, la protección medioambiental y la justicia. Por tal razón, el apoyo que se presta a pequeños productores para que inicien la práctica de agricultura orgánica, formen cooperativas y optimicen la comer-

cialización de sus productos, es parte tan importante del trabajo de BITRA, como las actividades de incidencia política y de opinión pública en cuestiones de derechos sobre la tierra.

BITRA surgió de una amplia alianza de activistas cristianos y musulmanes de la provincia de Sumatra del Norte. Esta ONG se ha convertido en una importante instancia para la sociedad civil, que sirve de vínculo entre los grupos de base de regiones apartadas y las políticas regional, nacional e internacional. En el ámbito interno de la organización confluyen la práctica de la democracia y el profesionalismo. El EED coopera con BITRA desde 1993, en diversos proyectos de desarrollo rural integrado.

Donde crece el chocolate

John Purba no teme que inversores o jefes de plantaciones le quiten su bella granja situada en las montañas, al occidente de Medan, la mayor ciudad de Sumatra, a pesar de que no está certificada en el registro de propiedad ni posee escrituras. Para no correr riesgos, sí registró los fructíferos arrozales localizados abajo, en el valle. Las empresas no tienen ningún interés en establecer plantaciones allá arriba, en las tierras localizadas en las escarpadas montañas, cerca del caserío de Sayum Sabah. Además de esto, el derecho tradicional de propiedad de la tierra se respeta a cabalidad; la comunidad no aceptaría ninguna contravención, afirma John con seguridad. El derecho es “fuerte, ya que habla con la voz del cuchillo” asiente su vecino, y confirma su disposición a defender su tierra. “Pero los otros hablan con la voz de la escopeta”, le responde otro, pensativo.

La granja de John está un poco alejada de la estrecha carretera asfaltada que pasa cerca del caserío Sayum Sabah. Un sendero conduce a un zona de diversidad exuberante: arbustos de chili que muestran delicadas florecillas rosadas y las primeras vainas, aún blancas; flores de color rojo vivo; árboles de papaya cargados de esplendorosas frutas; un laberinto de plantas trepadoras, pastos y arbustos, de los cuales emergen grandes palmas azucareras; y antiguos durianos y nogales. El campo de John tiene, más bien, la apariencia de un bosque. Cuando se camina sobre él se escucha el crujido de las hojas secas de cacao, como hojas de otoño. Los tallos grises, delgados y rectos de una fila de palmeras de betel, colocadas como si estuvieran en formación, marcan el límite hacia el campo vecino. “Una piedra delimitadora puede moverse con facilidad, — comenta John —, pero los árboles no”.

En los dos años pasados, John ha mejorado más de 400 viejos cacaoteros, con injertos de variedades más productivas. Las hojas jóvenes son de color amarillo

claro, después adquieren colores de diversas tonalidades de naranja y de rojo, para más tarde obtener sus colores verdes claros y oscuros. Ya se han formado las primeras flores cerca del tallo y las primeras pequeñas vainas del tamaño de la punta de un dedo pulgar. Necesitan varios meses para madurar. Hasta este momento, cuenta con la cosecha de los viejos cacaoteros restantes, que muestran frutos rojos muy pesados.

El cultivo mixto es una práctica bastante extendida desde hace mucho tiempo en la región montañosa cercana a Medan. En los valles se tienen arrozales y embalses piscícolas a los que acuden pescadores de la ciudad los fines de semana; y hortalizas y frutas en las laderas. Hace algunos años, BITRA introdujo el cacao, hasta ese momento un cultivo típico de gran plantación, dentro de este tradicional y efectivo sistema, que asegura la alimentación y un modesto ingreso adicional. El cacao, si se gestiona de forma correcta, puede brindar buenos ingresos, incluso a los pequeños productores, quienes lo venden a los exportadores que suministran el producto a los fabricantes de chocolate de los países industrializados. Ahora, en Sumatra, los pequeños productores cultivan, casi exclusivamente, el cacao. “El cacao nos ayuda a pagar la escuela de nuestros niños”, comenta un vecino de John. La parcelación de la tierra reduce cada vez más la superficie de los campos. Por medio de la utilización más intensiva de la tierra, lo que permite el cultivo del cacao, se impide que los campesinos extiendan sus campos cada vez más hacia los bosques, y pongan, así, en peligro la cuenca hidrográfica de la que se suministra agua a los millones de consumidores de la ciudad de Medan.

Los miembros del grupo de campesinos “Dalan Rukur Tanjung Selamat” han extendido un gran toldo plástico, que se usa normalmente para secar los granos de cacao, como sitio de reunión. Los cacaoteros les ofrecen protección del sol, y como refresco se reparten cocos frescos. El campesino Junaidi abre uno de los frutos del cacao, que tiene una longitud de 20 centímetros y forma de pepino. El contenido carnoso blanco del fruto encierra los granos. Si bien la carne de la fruta es comestible, los campesinos la utilizan para fermentar los granos de cacao: sacos de plástico llenos de granos recién cosechados se cuelgan en los árboles, y el líquido que brota se recoge y puede utilizarse para aumentar el contenido alimenticio del pienso.

Después de varios días, los granos se esparcen para el secado o se llevan a germinar para que los campesinos produzcan sus propias semillas.

En comparación con este proceso, el cuidado de los cacaoteros implica mucho trabajo. Es necesario cortar ramas viejas o retoños innecesarios, retirar parásitos y espantar a las ardillas que, debido a la destrucción de muchas superficies de bosques, descubrieron un verdadero manjar en los frutos del cacao. “Pero no es un trabajo duro, – comenta Junaidi –, más bien es relajante y divertido: uno puede cantar mientras trabaja”. Todos los asistentes asienten con la cabeza. Ahora, también, las 20 cabras que tienen comen hojas de cacao. Al comienzo se negaban a hacerlo, pero después de unos días de dieta radical se vieron forzadas a comerlas.



Primeros pasos en la economía de mercado

Por lo general, cada día pasan diversos intermediarios comprando los granos de los campesinos. Tahan Gurusingha lo hace desde hace casi 40 años. Todos los días va de plaza de mercado en plaza de mercado, de pueblo en pueblo, de granja en granja, para comprar grandes cantidades de especias, nueces, azúcar moreno sacado del jugo de la palma azucarera, y cacao y venderlos a los mayoristas de Medan. Según los campesinos, Tahan Gurusingha es un socio amigo y no un estafador, a pesar de estar convencidos de que su margen de ganancia es muy alto. Miles y cientos de miles de “Gurusinghas” garantizan el acceso al mercado de los productos de los pequeños productores.

Algunos campesinos de la región aledaña a Sayum Sabah han establecido una cooperativa de comercialización, para obtener un mejor precio en la venta de sus productos. Dos veces al mes organizan una subasta frente a una tienda miscelánea situada en la carretera principal hacia Medan. Los campesinos llevan allí su cosecha en carretilla o en bicicleta. Albana, un colaborador de BITRA, actúa de controlador imparcial de calidad y con base en ésta se determina un precio mínimo. Normalmente, acuden tres o cuatro comerciantes; el que presenta la mayor oferta obtiene el producto. En promedio, en los últimos meses, las ofertas han sobrepasado el precio mínimo en un 10 %. “Podríamos vender mucho más”, explica el tesorero de la cooperativa, Soedirman Tarigan. Y tendrían que vender mucho más si quieren ser interesantes para los grandes comerciantes con alto poder económico. No obstante, muchos campesinos siguen vendiendo gran parte de su cosecha a comerciantes ambulantes, como Gurusingha, ya que es más fácil y se acepta una calidad más baja; mientras que puede ocurrir que Albana rechace sus productos por mala calidad.



Además, con la venta directa reciben inmediatamente dinero en efectivo, mientras que si venden a la cooperativa, lo reciben más tarde. También, el intermediario Gurusingha participa ocasionalmente en las subastas, ya que eso le ahorra muchos viajes; además, la calidad ha mejorado gracias a este sistema.

Aparte de esto, Safaruddin Siregar, Director de BITRA, tiene ideas más amplias y ambiciosas. Gracias a las subastas, ahora es posible prescindir, en parte, de los intermediarios; el margen de ganancias de éstos queda, ahora, al menos parcialmente, en los campesinos. El siguiente paso previsto es prescindir de los exportadores, cuyo margen de ganancia es aún mucho mayor. Siregar desarrolla planes de esta índole con otras cooperativas como, por ejemplo, la del distrito de Asahan. Los miembros de la cooperativa tienen más experiencia con subastas. Allí venden cada mes un volumen de 60 toneladas, lo que supone 40 veces más que el volumen de la cooperativa de Sayum Sabah. Para obtener presencia en el mercado mundial tienen que aumentar el volumen y la calidad de su producción.

“Si podemos ofrecer un mejor precio a los campesinos, ellos tendrán la disposición y la capacidad para mejorar su calidad”, afirman los miembros de la junta directiva de KUD. Fermentación, humedad residual, daños por parásitos y grado de impureza, son los factores de calidad que se analizan en los meticulosos controles de los importadores. Asimismo, el contenido de ácidos grasos no saturados, el valor del Ph y, naturalmente, el aroma. En este aspecto los campesinos tienen mucho por mejorar, comentan los directores de KUD.

De hecho, la competencia es muy fuerte. Los productores de cacao de África occidental han desplazado a Indonesia del segundo al tercer lugar en cuanto al volumen de producción mundial; asimismo, el precio base de comercialización es más alto gracias a la buena calidad de su producto, mientras que el cacao proveniente de Indonesia se comercia a un precio base más bajo. Las cooperativas tienen mucho camino por recorrer para lograr comprender y, más aún, dominar las reglas y las leyes del mercado mundial. No obstante, ya se ha dado un primer paso para romper la dependencia de exportadores e intermediarios. Safar sigue firme en su propósito: “Lo que otros pueden hacer, nosotros también lo haremos –, comenta casi con obstinación –, afrontamos dificultades, pero tenemos una visión”.

Aliados

El gobierno distrital presta un apoyo cada vez mayor, lo cual da esperanza a los campesinos. Durante decenios, el Estado ignoró a los campesinos y casi no les prestó apoyo. Todos los recursos fueron destinados a las actividades agrícolas de exportación, la cual está gravada con impuestos y es una buena fuente de ingresos y divisas. Pero la situación va cambiando, por lo menos en el ámbito local. Por ejemplo, el gobierno de la provincia de Deli Serdang, cerca de Sayum Sabah, ha construido un pabellón de subastas más grande y le ha ofrecido a la cooperativa KPBUT que se encargue de su gestión. Esto podría impulsar a otros campesinos a comercializar sus granos de cacao por medio de la cooperativa y del sistema de subastas.

Incluso, el gobierno provincial de Asahan ha financiado una nueva fábrica de chocolate para la cooperativa KUD. Con ojos brillantes, los miembros de la junta directiva enseñan las máquinas torrefactoras, los aparatos de pelado, la mezcladora, la planta agitadora y las prensas, máquinas en las que cuelgan aún los manuales de instrucciones de manejo. En el pabellón climatizado de producción se percibe una bulla de la que se distinguen términos como “procesamiento con cero desecho”, “trabajo para las mujeres”, y “creación de valor”. La cáscara de los granos tostados genera ingresos adicionales, al ser vendida como alimento para peces y como pienso;

la blanca mantequilla de cacao la pagan muy bien, ya que se utiliza en la industria cosmética para la fabricación de pintalabios y protectores labiales. Además, “en el futuro, las personas podrán disfrutar del chocolate hecho de cacao producido por ellas mismas”, comenta encantado uno de los directores, mientras enseña una de las primeras muestras de empaques.

El proceso de descentralización que se inició a finales de los años 1990, como parte de la reforma política, reformasi, emprendida después de la caída del presidente Suharto, da a los gobiernos distritales mayor poder y más autonomía del gobierno central. Hay una nueva atmósfera de autosuficiencia que ofrece posibilidades de hacer frente a la predominancia del gobierno central de la capital, Yakarta. Durante decenios, el gobierno central designaba a los políticos, determinaba las políticas económicas, y oprimía cualquier tipo de oposición que expresara sus propias ideas de desarrollo.

Lógicamente, las razones de este nuevo interés por la agricultura campesina son de clara índole financiera y económica: a pesar de la descentralización y de la reformasi, los gobiernos distritales siguen siendo ampliamente dependientes del gobierno central. Tienen que presentar a éste sus planes de desarrollo, y el parlamento de Yakarta se encarga de autorizar los presupuestos. Desgraciadamente, antes de que se pongan a disposición los recursos para los diversos programas, desaparece una buena parte de éstos; “parece que se derritieran con el calor”, critica con ironía Mangara, el experto agrónomo del gobierno distrital, el amplio nivel de corrupción. Un fortalecimiento económico de los pequeños productores y las cooperativas podría dar impulso al desarrollo económico. Además de esto, el cacao es muy rentable: dos hectáreas generan tantos ingresos económicos como diez hectáreas de palma de aceite, asevera Mangara. Y lo más importante: el dinero proveniente de las palmas de aceite va al gobierno central, mientras que el impuesto del cacao pertenece a los gobiernos distritales.

“Los millones de campesinos son un factor económico que puede llevar mucho dinero a las arcas del gobierno distrital”. Esta es la conclusión a la que ha llegado Soekirman, vicesecretario del distrito. Para aprovechar plenamente este potencial, los campesinos necesitan, sobre todo, el derecho garantizado de explotación de la tierra, la seguridad de que se reconozca y se proteja el derecho que poseen sobre las tierras que utilizan desde hace varias generaciones; y más tierra para producir más y obtener más ingresos; es decir, una reforma agraria. No obstante, el gobierno distrital no tiene la capacidad de desarrollarla, ya que el derecho de propiedad de tierras es jurisdicción del gobierno central. Si bien existe una base legislativa para dicha reforma, la Ley Nacional de Tierras de 1999, que entre otras disposiciones postula una reforma agraria, desde ese entonces todos los gobiernos “han olvidado que hay que aplicar esta normativa”, se lamenta el vicebupati Soekirman. En repetidas ocasiones se han prometido y anunciado programas de redistribución de tierras. Sin embargo, grupos de campesinos aislados, como el de “Keling”, son los únicos que se atreven a oponerse a los intereses de las poderosas e influyentes plantaciones; por su parte, los políticos no osan hacerlo.

Brasil: el valor de la agricultura

También en Brasil, su presencia en las estanterías de los supermercados es un gran logro para los productos biológicos y de comercio justo. La divisa “del nicho a los supermercados” muestra una aceptación creciente y despierta esperanzas de que será posible aumentar el volumen de ventas y alcanzar nuevos grupos de compradores. Muchos productos ya han dado este importante paso: en los supermercados brasileños, como Guanabara y Master, es posible comprar azúcar de caña, galletas, golosinas, vino y cachaça, el licor utilizado para la caipirinha, biológicos, así como hortalizas, jugos de frutas, crema para untar al pan, arroz, frijoles “pomeranos”, medicinas naturales, harina, la bebida tradicional mate, miel, y muchos otros productos procedentes de cultivos orgánicos.

“Románticos retrógrados”

El comienzo de la agricultura orgánica, hace más de 30 años, fue muy difícil, recuerdan Loro Natal Bosembecker y su esposa Luisa Helena. Como muchas familias del Rio Grande do Sul y de otros Estados del sur de Brasil, ellos son descendientes de los muchos inmigrantes alemanes provenientes de la región de Hunsruck, Pomerania, Berlín o Holstein, que empezaron a llegar al país a comienzos del siglo XIX.

También ellos se dejaron llevar por la tentación de la “Revolución Verde” propagada en los años 1970, una alternativa, a primera vista, muy prometedora para los campesinos. Los gobiernos y la agroindustria insistieron, una y otra vez, ante los

pequeños productores, en que el futuro de la agricultura serían variedades de alto rendimiento, fertilizantes, pesticidas y mecanización. Y de hecho, desde la perspectiva de los campesinos esto parecía ser cierto, ya que para los suelos agotados y de baja productividad, que generaban bajos ingresos, los fertilizantes sintéticos y las nuevas semillas parecían ser la alternativa perfecta. Asimismo, aquellas empresas que se dedicaran al cultivo del tabaco, la soya y de otras materias primas industriales y productos de exportación, recibirían amplias ayudas económicas. La agroindustria suministraba todo lo que se requería: semillas, fertilizantes, asesoría, y demás. Con frecuencia, las grandes empresas, incluso, compraban ellas mismas el producto, por ejemplo, en los casos de la soya y del tabaco. Prácticamente, el campesino no se ocupaba de nada más que de sus campos, de sus plantas y de la cosecha. Aún en la actualidad, la industria sigue prometiendo a sus clientes un paraíso



agrícola, como puede verse en el inmenso anuncio publicitario de la multinacional de productos agrícolas Pioneer, al lado de la carretera: campos de cereales dorados, plantas de soya verdes y saludables, y un cordial asesor de Pioneer que explica las ventajas de la “Revolución Verde” a campesinos de expresión radiante.

Para la familia Bosembecker este experimento fue un desastre. Después de pocos años, casi no podían alimentarse de su terreno de más de 20 hectáreas de superficie. Los productos tóxicos agroindustriales que se utilizan para la soya, el tabaco y los melocotones habían arruinado la salud de Loro. En ese momento, él tomó una decisión radical definitiva: dejar de usar químicos, herbicidas, pesticidas, fungicidas, y fertilizantes sintéticos en sus campos. “En lo económico, eso fue una catástrofe, – recuerda su esposa Luisa. Pero ellos, de ninguna forma, querían rendirse ante la situación y emigrar a la ciudad. No poseían educación formal alguna y aquí tenían a sus vecinos, a sus amigos y a sus ancianos padres.

Para poder vivir, vendieron parte de sus tierras, pidieron prestado dinero a sus vecinos y se dedicaron al comercio minorista. Poco a poco, la agricultura orgánica comenzó a generar beneficios. Gracias al cultivo de leguminosas se recuperó el suelo contaminado; la capa de tierra madre es negra, húmeda y posee un grosor de medio metro. Ahora, los terrenos de Loro tienen un aspecto totalmente diferente al de la publicidad de Pioneer: un cultivo variado, un surco de tapioca, una zona con papas dulces, diversos árboles frutales, un bosquecillo, un arrozal en la ladera, cebollas, un montículo de estiércol, paja, gallinas, vacas y un cerdo muy gordo. La granja de los Bosembecker tiene el aspecto de una de esas granjas que figuran en los libros antiguos.



Seguridad ilusoria

El campesino productor de tabaco Valdari Gularte trabaja para Souza Cruz, uno de los mayores grupos empresariales brasileños de tabaco. Al año, planta a mano entre 16.000 y 18.000 plántulas por hectárea. Posteriormente, debe arrancar cada una de las flores que brotan, para que toda la energía de la planta vaya hacia las hojas. Él se enfermó por causa de los herbicidas y pesticidas que se utilizan contra la maleza y los parásitos, y contrata jornaleros para que realicen las tareas de fumigación. Hay diversos factores que pueden perjudicar a las plantas y su calidad: enfermedades, humedad, sequía. La reco-

lecta de las hojas se hace a mano, hoja por hoja... Luego, se forman atados con las hojas y se secan en la cámara seca. Aquí se presentan otros factores de riesgo para la calidad. En el campo, las grandes cantidades de madera que se requieren para el calentamiento significan la destrucción de áreas selváticas. Después, el campesino pasa días enteros en el cobertizo donde se almacenan las hojas secas, seleccionando cada una de ellas según su color, su tamaño, los daños que presenta, su grado de coloración, otra vez, hoja por hoja ... La empresa diferencia 60 tipos de calidad diferentes; Gularte solo logra hacer una preselección en tres categorías. A continuación, las hojas se prensan en fardos cuadrados que tienen un peso de 60 kilos cada uno. La empresa recoge los fardos y los lleva a la fábrica, en donde se realizan los controles finales sin presencia de los campesinos. A él tan solo se le comunica el resultado; en la mayoría de los casos, la valoración de la calidad es más baja que la que él mismo realizó. Si no está de acuerdo con el resultado y el precio, expresa la empresa en un amago de caridad cínica, él tiene plena libertad para recoger su tabaco y venderlo a otra empresa.

¿Cuánto dinero gana ahora con sus 11 hectáreas? Difícil de decir, titubea Loro. Aún tiene deudas, “pero esto no lo hago para volverme rico”, agrega. Lo más importante para él es tener una buena salud, la venta en las plazas de mercado, la familia, la parroquia, en una palabra, la “agroecología”. Y se siente muy contento, asegura de forma convincente. La situación de la mayoría de los campesinos no orgánicos es mucho peor por causa de los bajos precios actuales del tabaco, de la cebolla, de la papa y de los frijoles.

Tres o cuatro días a la semana, Loro va a uno de los mercados de productos biológicos cercanos para vender sus propios productos y aquellos de los otros miembros de la cooperativa. Al comienzo no fue fácil encontrar personas que cooperaran con él en el proyecto. Los vecinos miraban con desconfianza a ese campesino que dio la espalda a la agricultura moderna; lo tachaban de romántico retrógrado. Después del cambio de prácticas agrícolas, los suelos necesitan, por lo menos, tres años para recuperarse medianamente y comenzar a producir de forma satisfactoria. En este periodo se necesita aguante. La cuestión de un “programa completo” que incluya semillas, fertilizantes, químicos y la compra de la cosecha, es una de las preguntas más frecuentes que se escuchan en la agricultura orgánica y las cooperativas. No existe una solución simple prefabricada. Debido a que los asesores agrónomos de la institución estatal EMATER rechazaban la agricultura orgánica y favorecían la agricultura industrial, los eco-pioneros de Rio Grande do Sul tuvieron que organizar, prácticamente, todo: fertilizantes, semillas, eliminación de malezas y parásitos, procesamiento, comercialización y asesoría técnica, formación y mercadotecnia. Tres de los campesinos que cooperaron en un comienzo se retiraron del proyecto porque el éxito tardó demasiado en llegar. Aún, hoy en día, muchos vecinos se niegan a creer que los Bosembecker no utilizan ningún tipo de químicos para su cultivo, se ríe Loro, y agrega: “¡creen que fumigo a escondidas!”

Al comienzo, las ventas no eran muy buenas porque los productos biológicos tenían una apariencia menos atractiva. Pero ahora experimentan un auge en la comercialización. En el mercado de hortalizas localizado frente a la prefectura, en la plaza más bella de la ciudad Pelotas, capital del distrito, se ofrecen diferentes variedades de hortalizas, grandes papas dulces, mandioca, cebolla, maíz blanco, amarillo y rojo oscuro, tomates, bolsitas de frijoles, azúcar de caña y arroz, todo ello de cultivo agroecológico. “Para la noche ya habremos vendido la mayoría de los productos, – confía Loro –, que luce una gorra verde y una camiseta con el logotipo de la cooperativa campesina “Sul ecológica”.

“Podríamos vender mucho más de lo que producimos”



Las cinco familias del grupo AAFA (Associação de Agricultores Familiares Agroecológicos), de Campo Alegre, la mayoría de ellas descendientes de inmigrantes italianos, se dedican al procesamiento de caña de azúcar, una actividad que implica un mayor valor agregado. Primero se prensa la caña recién cortada; después se cuece la garapa, el dulce jugo de la caña; se remueve mientras se enfría, se cuele, se pesa y se empaqueta. Establecer la pequeña fábrica, situada en medio de las montañas de la región noroccidental del Rio Grande do Sul, implicó para ellos un riesgo económico alto. Con el fin de evitar créditos muy altos, fueron desarrollándola paso a paso, bajo la asesoría y con la capacitación de CAPA (véase recuadro). Tan solo después de siete años, la producción de azúcar comenzó a generar ganancias. Hasta ese momento, todos los reales obtenidos se habían reinvertido en la fábrica. Ahora han alcanza-

CAPA: sueños



“Al comienzo éramos como misionarios”, comenta Vitor Hugo Hollas de la oficina de CAPA, en Erexim. El trabajo de CAPA (Centro de Apoio ao Pequeno Agricultor) comenzó en tiempos difíciles. El centro empezó a ofrecer alternativas contra la agroindustria y la agroquímica, es decir, “contra el progreso”, como anota con ironía Silvio Schneider, gerente de la Fundación Luterana para Diaconía, FLD, de Porto Alegre. En ese entonces, era un grave acto de crítica al sistema, ya que se experimentaba el cenit de la “Revolución Verde” y cualquier otra alternativa parecía una provocación. “CAPA es la respuesta no violenta de la Iglesia (IECLB) en una fase de tensiones entre el gobierno militar y la sociedad civil”, agrega Silvio Schneider.

Uno de los motivos de la fundación de CAPA fue que muchos campesinos perdieron sus tierras y tuvieron que emigrar. Al mismo tiempo, casi como la aldea gala de Asterix y Obelix, había en todas partes campesinos como Loro Bosembecker, que se opusieron a participar en la “Revolución Verde”. Muy pronto se desarrollaron la idea y el deseo de un proceso alternativo, como elementos contrarios. Allí, en la subversión, casi como una guerrilla agraria pacífica y constructiva, se mantenían vivos los ideales de la reforma agraria, de la organización en cooperativas y del desarrollo democrático, el cual había sido aniquilado con brutalidad por el golpe militar de 1964. Estos ideales se combinaron con una ética protestante profunda-

mente arraigada entre los miembros de la Iglesia Evangélica de Confesión Luterana en Brasil, IECLB, la mayoría de ellos de ascendencia alemana, que fue la que impulsó la creación de CAPA. Lo que al comienzo parecía una tarea imposible ha logrado establecerse hace ya mucho tiempo, después de muchas transformaciones y un difícil proceso de aprendizaje. “Actualmente tenemos una gran presencia”, – comenta Ingrid Margarete Giesel, coordinadora de CAPA en Erexim, – a pesar de que aún no se nos acepta en todas partes”. No obstante, ahora pueden mostrar que su “idea retrógrada”, como se le denominó al comienzo, puede tener mucho éxito.

Al mismo tiempo, esta evolución parece ser una tarea de Sísifo, ya que siguen predominando los mismos poderes y modelos. En ese entonces se trabajaba en contra del monocultivo de soya y de las sustancias tóxicas en las plantaciones de tabaco; hoy se trabaja contra la soya y el maíz transgénicos, y contra las plantaciones de eucalipto para la industria papelera y la gran propagación de plantaciones de caña de azúcar para combustibles agrícolas. Nuevamente se expulsan pequeños campesinos de sus terrenos para crear plantaciones de gran superficie, o ellos dejan sus labores ante la falta de perspectivas. La agroecología sigue siendo muy difícil, “por eso no pueden dejar de soñar”, anota la periodista Susanne Buchweitz, quien escribió un libro sobre CAPA. Por otra parte, al contrario del pasado, hoy CAPA forma parte de una amplia corriente de la agricultura orgánica y de movimientos sociales en el campo. Y gracias al Partido dos Trabalhadores, PT, y bajo la presidencia de Luiz Inácio “Lula” da Silva, reciben algo más de apoyo por parte del Estado y del sector político.

Desde 1989, el EED coopera muy exitosamente con CAPA en el desarrollo rural, con familias y organizaciones campesinas del sur de Brasil.



do un volumen de producción de 50.000 kilogramos de azúcar morena al año. Durante la zafra o cosecha, contratan a más trabajadores y compran la madera para la gigantesca caldera a otros campesinos. De esta manera crean puestos de trabajo y fuentes de ingreso.

Los miembros se reunieron en la sala común localizada al lado de la fábrica. La bebida de mate de los gauchos, el chimarrão, pasa de mano en mano. Los troperos de la pampa utilizan el recipiente caliente hecho de la parte inferior de una calabaza, para calentarse las manos en las noches frías. Aún hoy, según la publicidad, el chimarrão es la bebida “para los que trabajan de verdad”. Rosalina Pagliari vierte constantemente agua caliente de un termo sobre las hojas picadas de mate, y pasa a los demás el recipiente finamente decorado.

El procesamiento de caña de azúcar es rentable, explica Décio Agostini, presidente de la Cooperativa dos Agricultores Familiares Ecológicos Solidários, Cooperfas, de la que es miembro AAFA. Y para demostrarlo presenta cifras: 1.000 kilos de caña de azúcar generan un ingreso de 50 reales; la misma cantidad, procesada como azúcar morena, brinda 300 reales. Después de la deducción de los costos, queda un excedente de 60 reales. No obstante, diversas dificultades frenan la dinámica del trabajo de la pequeña cooperativa. De “capitalista” califica Décio a uno de los campesinos que se retiró del grupo y añade: “él solo quiere ganar dinero rápidamente”. Además, no le gustaban los procesos conjuntos de toma de decisiones, la rotación en las funciones y la igualdad de oportunidades del colectivo. “El peor enemigo es el individualismo”, se lamenta Rosalina; “no tienen paciencia” agrega Décio. Otros, por ejemplo, no podían aceptar la idea de tener que acatar las decisiones de una mujer, como directora del grupo. La “agroecología” no solo exige trabajo en el campo, sino también procesos democráticos tediosos y controvertidos, como consulta, planeación y capacitación en la cooperativa.

Sin embargo, Décio tiene planes ambiciosos. Según él, de hecho, es posible triplicar el nivel de producción. El cultivo orgánico de caña alcanza un nivel de producción, por lo menos, tan alto como la forma de cultivo convencional, a costes mucho más bajos. Y ellos no tienen ningún problema en vender el azúcar producido. Los compradores de los supermercados están ansiosos de obtener su producto. De hecho, necesitarían contratar más trabajadores. Actualmente, además del trabajo en el campo y en la casa, tienen que trabajar hasta 200 horas adicionales en la fábrica. Ellos esperan que estos nuevos puestos de trabajo puedan detener la migración y contribuyan a la conservación de las regiones rurales. El hijo de Rosalina ya regresó de la ciudad.





Semillas propias

En Cangucu, un pequeño pueblo en las colinas cercanas a Pelotas, la asociación de cooperativas UNAIC, un conjunto de diversos grupos de la región, se encarga de gestionar una planta en la que se lavan, clasifican y empacan las semillas que reproducen los campesinos en sus campos. Por ejemplo, desde hace 10 años, Darneci Rodrigues Cardoso cultiva fríjoles negros “pomeranos” y maíz para la producción de semillas, junto con otras seis familias de biocampesinos. Otros grupos producen semillas para más de dos docenas

de plantas y variedades diferentes. Si bien el comercio agrícola ofrece una amplia gama de semillas, todo era demasiado costoso, explica Darneci. En cambio, las sementes crioulas son mucho más baratas y, además, pueden utilizarse para la siguiente siembra.

La venta de semillas le genera a Darneci Cardoso casi el doble de los ingresos que obtendría si vendiera el maíz como producto. Con la venta gana, aproximadamente, 350 reales al mes, que es, más o menos, el monto equivalente al salario mínimo oficial. En realidad, con la venta de semillas a bajo precio, que no tienen que comprarse nuevamente para cada siembra, UNAIC socava su propio mercado, pero su objetivo primario es diferente: “lo más importante es asegurar la alimentación”, comenta Cléu de Aquino Ferreira, presidente de UNAIC. Además, así el grupo realiza una contribución a la conservación in situ, como la denominan los expertos, que es la preservación en el terreno o en su entorno natural, de especies en amenaza de extinción, y no en las cámaras frías del banco genético. Cléu está siempre a la búsqueda de nuevas variedades tradicionales para integrarlas a su programa de protección, por ejemplo, en mercados en donde se reúnen campesinos a intercambiar semillas.

“Necesitamos alternativas”

Hasta hace poco tiempo, la agroecología tenía que sobrevivir sin ningún tipo de apoyo. Los subsidios estatales se destinaban a los agricultores ricos. La nueva Ley de Pequeños Agricultores de 1995 fue un primer paso importante en el cambio, ya que posibilita a las empresas familiares obtener créditos. Y bajo el mandato del presidente “Lula” da Silva, del Partido dos Trabalhadores, la situación ha mejorado aún más. Ahora, un monto del 20 % del presupuesto agrario se destina a la agricultura familiar. Un sector cada vez más amplio de las instancias políticas considera que las empresas familiares son una buena oportunidad para los millones de desterrados, para familias pobres, y para salvar a las grandes ciudades del colapso. También, asesores de EMATER trabajan, ahora, de la mano con CAPA.

Así suene paradójico, este movimiento recibe apoyo del proceso de globalización, ya que los desarrollos de la política mundial tienen sus consecuencias hasta en Rio Grande do Sul. Cuando en Europa se amplían las prohibiciones de fumar, esto afecta a la región, ya que allí se produce una gran parte del tabaco para el mercado mundial y la industria del tabaco. El vicealcalde Liro Vollbrecht y el secretario de Agricultura, Carmo José Mayer, de Vera Cruz, un municipio de 23.000 habitantes, pudieron notar que una prohibición de fumar en bares de Europa o de EE.UU. afectaba directamente a la región. En los años 1960, el gobierno militar y las multinacionales



agrícolas norteamericanas establecieron allí la mayor zona de cultivo de tabaco de Latinoamérica, y diversas fábricas. Ahora, ellos deben adoptar una nueva producción y crear alternativas al tabaco; si es posible, muchas.

Una de estas alternativas puede ser la agroecología. Al contrario del caso del tabaco, el mercado de esos productos registra un crecimiento, no daña el medio ambiente, los productos son saludables, lo que, a su vez, es la condición básica para otra actividad alternativa: el turismo. Asimismo, se fortalecen los ciclos regionales económicos: en lugar de gastar dinero en alimentos provenientes de fuera del distrito o del Estado, el dinero permanece en la región. De esta manera, crece también la independencia política y se reduce su vulnerabilidad a las presiones provenientes de las empresas del tabaco y del mercado mundial. Los dos políticos locales admiten que este cambio no es fácil de realizar ante la oposición de la industria del tabaco. Las relaciones con la industria “no están precisamente libres de tensiones, – comenta el Secretario de Agricultura –, pero tampoco hay guerra”.

Sin lugar a dudas, el movimiento de campesinos orgánicos ya se ha afianzado y se ha convertido en un factor que debe tenerse en cuenta en las instancias políticas y económicas. Hoy en día, los campesinos están bien organizados y en capacidad de ejercer presión política, al menos, en el ámbito local. CAPA, una de las primeras y más conocidas organizaciones del sector es, desde hace mucho tiempo, una de las muchas instituciones que fomentan las actividades de los pequeños agricultores y los cultivos ecológicos. Grupos como UNAIC, que producen sus propias semillas, como “Sul ecológica”, al que pertenece Loro Bosembecker, o AAFA, con su fábrica de azúcar, son parte de un amplio movimiento agrario cada vez mayor y más fuerte. Ahora existen muchas otras organizaciones, como el MST (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra), instituciones de asesoría para tecnologías alternativas, como la CETAP, y otras organizaciones de la sociedad civil. Al mismo tiempo, las pequeñas empresas pierden otras opciones de alimentarse de la agricultura, como el cultivo tabacalero, lo que da un mayor impulso al cultivo orgánico de la tierra. Es decir, que es muy posible que la evolución de la agroindustria y la globalización no sean solo una amenaza, sino que, por lo contrario, represente un beneficio para las empresas campesinas.

“Comercialización solidaria

Naturalmente, Décio y los demás miembros de las cooperativas están muy orgullosos de que sus productos se vendan ahora en cadenas de supermercados. Esto no solo es una muestra clara de la gran aceptación de la que gozan los productos orgánicos, sino también de las capacidades de las cooperativas para cumplir las exigencias de las empresas y de los consumidores respecto al embalaje, a un suministro confiable y a un nivel de calidad constante. Pero también, esto puede implicar una dependencia de los objetivos de venta de los supermercados y de las estrategias de marketing de otros productores.

Por tal razón, otro pilar de estas actividades económicas son las tiendas naturistas, de las cuales “Sul ecológica” tiene tres en Pelotas. También, los diversos mercados ecológicos que se realizan todas las semanas en Pelotas, Erechim y Porto Alegre, con una concurrencia cada vez mayor, se han convertido en parte integral de la vida de diversas ciudades brasileñas, si bien al comienzo no gozaban de tan amplia aceptación. Asimismo, el programa estatal de alimentación fome zero, cero hambre, ha abierto para las empresas familiares un nuevo sector del mercado. Debido a que sus productos son más saludables y, con frecuencia, más baratos, cuando un municipio realiza una licitación pública para la compra de alimentos para familias necesitadas

El control, el mejor amigo de la confianza o la "certificación participativa"



“Yo confío en su palabra”, dice una cliente habitual del mercado biológico en Pelotas. No obstante, aquellos clientes que no tienen un contacto directo con los productores, quieren ver un certificado. Los supermercados exigen seguridad, y para la exportación es indispensable un certificado. No obstante, esto ocasiona costos adicionales, ya que las organizaciones de certificación de productos determinan los estándares específicos, y expertos, laboratorios, y pruebas externos realizan su verificación.

A Èderson Wuaden se le podría denominar un certificador de pies descalzos. Èderson tiene 24 años de edad, es el hijo de la familia Wuaden, que está afiliada al grupo Linha Florestal en Alto de Bela Vista, y es miembro del Comité Ético de la Rede EcoVida. Junto con otros dos campesinos y un economista agrario, él visita grupos de

campesinos que han solicitado el certificado ecológico de EcoVida. Se discuten los métodos de cultivo y de trabajo, se analizan los terrenos y las plantas de procesamiento. La representación del grupo local de Rede EcoVida adopta una resolución acerca de la solicitud, con base en el informe del comité. Este certificado, que no solo testifica la calidad ecológica, sino también los valores sociales de la producción comunitaria, se expide para todos los miembros del grupo y para todos sus productos.

o para la provisión escolar, en muchas ocasiones se adjudican los contratos de suministro a las empresas familiares campesinas. Las empresas tienen que suministrar jugos, arroz, frijoles, papas, hortalizas y pescado fresco, lo que implica para ellas un gran desafío logístico. Para afrontarlo, se ha creado una amplia red de cooperación compuesta por productores, municipios e instituciones de la sociedad civil. Este sistema de “comercialización solidaria” es beneficioso para productores y consumidores, señala Rita Surita, coordinadora de CAPA en Pelotas, y asimismo, fortalece aún más la agricultura orgánica.

Según los principios de la economía de mercado, la gran demanda de productos orgánicos permitiría un leve aumento en los precios. La mayoría de los clientes estaría dispuesta a pagar más que por los productos convencionales. Sin embargo, los campesinos agroecológicos replican con esta inesperada pregunta: ¿por qué deberían ser más caros nuestros productos, si el cultivo no exige medios de producción costosos, como fertilizantes sintéticos, semillas patentadas y sustancias tóxicas agrícolas? Gracias a la comercialización regional, los trayectos de transporte son breves y, en consecuencia, no ocasionan altos costos. Lógicamente, los campesinos quieren recuperar el dinero invertido y, además, tener una ganancia. Pero la “concienciación” es de igual importancia. Por ejemplo, el objetivo de los mercados ecológicos es, además de la venta de los productos y de obtener ganancias, propagar la idea de la “agroecología”. Tal como lo demuestra Décio, de la cooperativa Cooperfas, de manera concluyente, las cooperativas no funcionan incondicionalmente según el dictado del dinero. También, para la familia Wuaden la seguridad alimentaria tiene una importancia capital. La siguiente prioridad es continuar incrementando el grado de autonomía. La cisterna en la que la familia recoge las aguas lluvia tiene este propósito. Otros planes futuros son: combustible para el viejo tractor, extraído de la caña de azúcar, y una planta de energía solar. Así, paso a paso, las empresas familiares agroecológicas del sur de Brasil se han ido liberando de la telaraña de dependencia tendi-

da por grupos empresariales agrícolas, latifundistas, el gobierno y las antiguas cooperativas, lo que les causa mucho orgullo.

Sus convicciones podrían resumirse así: ¿mercado? Sí. ¿Economía de mercado centrada exclusivamente en las ganancias y en la suplantación de los competidores? No. Es la visión de una economía en la que no reine la mera lógica del mercado, según la cual la oferta y la demanda determinan el precio, sino que también da espacio y tiempo a aspectos sociales y comunitarios, como familia, parroquia, organización, capacitación, reuniones, vida social y solidaridad. Para la economía clásica, estos son factores que no poseen relevancia económica; no obstante, son una parte integral de la agroecología, así vayan en detrimento de la productividad y las ganancias. Campesinos como Loro no quieren trabajar día y noche en sus tierras para aumentar el producto nacional bruto; él quiere tener una vida más allá de la economía, de la maximización de las ventas y del reintegro de los créditos. “Nosotros podríamos producir mucho más”, anota, pero para él es más importante disfrutar de “una buena vida”. Lo que hace algunos años parecía el disparate sin sentido de unos excéntricos, y para quienes los valores como frugalidad y comunidad son más importantes que ganar dinero, lo que sonaba a romanticismo retrógrado, a una agricultura obsoleta y autárquica, ha pasado a ser una alternativa sostenible y con gran futuro.



El agrónomo brasileño y antiguo becado del EED Antonio Inácio Andrioli pronuncia una advertencia en relación con los cultivos transgénicos

En los años 1990 el gobierno fomentó el cultivo de soya transgénica, la cual suplantó a la soya normal. ¿Ocurrirá lo mismo con el maíz transgénico?

Andrioli: después de que el gobierno hubiera aprobado la ley sobre la seguridad biológica, la decisión acerca del cultivo se dejó en manos de una comisión de científicos en la cual, la mayoría de miembros provenía de organizaciones de lobby de la industria de la manipulación genética. Esta actitud del gobierno se basa en la estrategia de fomentar los cultivos de productos para la exportación y las plantas para la generación de energía. Ahora, el cultivo de maíz transgénico ha sido prohibido por una corte brasileña. Sin embargo, se siguen cultivando pequeñas cantidades importadas de forma ilegal de Argentina.

¿Qué consecuencias tendría la autorización del cultivo de maíz transgénico sobre la agricultura orgánica?

Andrioli: es imposible una coexistencia del cultivo de maíz transgénico y del biológico. Una planta de maíz, simplemente, se cruza con plantas de su entorno y es imposible aislar los terrenos entre sí. Esto, sencillamente, impide que se cultive, paralelamente, maíz de forma orgánica y convencional.

¿Y qué significa esto para las empresas familiares?

Andrioli: el cultivo de plantas transgénicas produce un aumento de los problemas técnicos, mayores gastos en insumos y, en consecuencia, un aumento de los costos de producción, lo que es una clara amenaza para las pequeñas empresas. Ya que la tierra es un recurso limitado, la creciente dependencia de los pequeños productores del control de la producción por parte de los grupos empresariales de la agroindustria genera un aumento en la concentración de la tierra, éxodo rural, pobreza y hambre. Asimismo, la abolición de las capacidades de subsistencia de los pequeños productores va de la mano de una reducción de la producción de alimentos, ya que en países como Brasil, las empresas familiares son las responsables del 70 % de la producción agropecuaria.

Tercera parte: apoyo para la agricultura campesina



Los “locos de los experimentos” de Dodoma, los ambiciosos miembros de la cooperativa de producción de cacao de Sumatra del Norte, y los pertinaces agroecologistas de Rio Grande do Sul, con sus diversos proyectos e iniciativas, son muestras fehacientes de que la agricultura campesina es una actividad digna y con futuro.

Elementos comunes a todas estas historias de éxito son la organización y la cooperación, así como una amplia participación de todos en igualdad de derechos, sobre todo, de las mujeres. De esta manera, los hombres y las mujeres campesinos lograron imponer y defender la aplicación de las medidas que se requerían para tener éxito, incluso, ante la fuerte oposición de grupos con intereses políticos y económicos. Por ejemplo, los derechos garantizados de uso de la tierra, del agua y de otros recursos naturales; gestión conjunta de estos recursos, sostenible y en igualdad de derechos; y el establecimiento de estructuras que mejoran la situación económica, como formación y capacitación, control de calidad, aumento de la productividad, acceso a créditos y comercialización.

Otro factor común es su interés por los métodos de cultivos orgánicos, inicialmente por falta de dinero y, luego, cada vez más por convicción. A cambio de monocultivos aprovechan la biodiversidad; a cambio de insumos externos aprovechan sus propias semillas, el compostaje y las tecnologías sencillas. La base de sus prácticas son los principios tradicionales de gestión de la naturaleza desarrollados en el curso de las generaciones, complementados por métodos modernos de agricultura ecológica. Protegen los suelos de la erosión y la diversidad de la flora de la extinción. La agricultura de irrigación por lluvias se puede practicar sin necesidad de la infraestructura, en ocasiones perjudicial, de represas y sistemas de riego. Se da prioridad al cultivo de una diversidad de alimentos y no a la producción para el mercado. Solamente cuando se ha asegurado la alimentación propia se piensa en la comercialización de los productos, en la medida de las posibilidades en mercados locales y regionales. Protección medioambiental y éxito económico no son una contradicción, sino que se implican mutuamente. Las soluciones e iniciativas parten de la situación específica de las empresas agrícolas, de sus requerimientos, posibilidades e intereses.

De esta manera, la agricultura campesina de menor escala, adaptada a las particularidades de la región, no solo contribuye a la seguridad alimentaria en los ámbitos local y nacional. También, afianza la autonomía y la seguridad económica y humana, ya que reduce la dependencia de los mercados y de los precios globales; de grupos empresariales y de empresas comerciales; y de las decisiones político-económicas de los gobiernos. Dicha agricultura campesina puede convertirse en un importante pilar para un desarrollo rural y regional amplio, estable y con justicia social, integrado en ciclos sociales macroeconómicos y sin dependencias o fuerzas influyentes peligrosas para su supervivencia.

Además, hay otro factor que justifica la práctica de la agricultura campesina de menor escala, adaptada a las particularidades de la región: los costes requeridos para su desarrollo y fomento serían mucho más bajos que para la ampliación de la agricultura industrial a gran escala. Podrían evitarse muchos daños ecológicos, como “aguas acumuladas”, salificación de los suelos, y descenso del nivel de aguas freáticas ocasionado por grandes y costosos sistemas de irrigación. Y, sobre todo, contribuye directamente a la reducción de la pobreza y a la seguridad alimentaria. Los beneficios de un



más amplio apoyo, mayor rentabilidad y mayores ingresos favorecerían a más personas y se distribuirían de forma más justa. Además, dicha agricultura, gracias a la amplia base que poseen las actividades agrícolas en aquellos países en los que una gran parte de la población aún trabaja en el sector agrícola, puede realizar una contribución mucho mayor al crecimiento económico general, que unas pocas empresas productoras de cultivos de exportación.

Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, son infructuosos los intentos de defender la agricultura campesina de menor escala ante la predominancia de la “Revolución Verde”. En el ámbito del fomento del sector agrario, las estrategias

de la política de desarrollo de las corrientes predominantes van en otra dirección. Prácticamente, todos los agentes estatales aplican los mismos principios: ministerios de agricultura nacionales, los científicos agrónomos, las organizaciones internacionales de cooperación para el desarrollo, especialmente, la Global Donor Platform on Rural Development (Plataforma Global de Donantes para el Desarrollo Rural), a la cual se destina un 80 % de todos los medios financieros para el desarrollo rural, el Banco Mundial, y otros actores globales con gran poder financiero, como la Fundación Bill&Melinda Gates. Todos ellos se concentran, principalmente, en la “Revolución Verde” y consideran que el desarrollo rural es equivalente al fomento de la industria agrícola.

De forma predominante, desde el comienzo de estas actividades, las organizaciones de desarrollo no estatales, especialmente del sector eclesiástico, y los movimientos de la sociedad civil, son los que prestan apoyo a la agricultura campesina de menor escala, adaptada a las condiciones locales. No obstante, dicha agricultura solo podrá sobrevivir a largo plazo, si deja de ser objeto del olvido, la desatención, la oposición y las influencias negativas provenientes del sector político y la industria agraria. La agricultura campesina necesita y merece el apoyo y el fomento que se requiere para desplegar su potencial político de desarrollo en la lucha contra la pobreza y sus causas, en su empeño por alcanzar la seguridad alimentaria, en el mantenimiento de la justicia social, y en el fortalecimiento de la autonomía y la identidad cultural. Solo así será posible impedir que campesinas y campesinos pasen a ser habitantes de los cinturones de pobreza de las grandes ciudades, jornaleros, prostitutas, o parte del ejército de reserva de mano de obra barata que deambula por todo el mundo.

El redescubrimiento de la agricultura

En los últimos cuatro o cinco años, el redescubrimiento de la agricultura por parte de las organizaciones de desarrollo de índoles bilateral e internacional despierta esperanzas y temores. Por ejemplo, el Informe Mundial de Desarrollo de 2008, elaborado por el Banco Mundial, el cual posee una especie de predominancia dentro de la opinión general, trata el tema de la agricultura, por primera vez desde hace 25 años. Por medio de una nueva y amplia estrategia deberá fomentarse el crecimiento económico y, de forma simultánea, reducir la pobreza y la inseguridad alimentaria

persistentes. Los gobiernos prometen aumentar fuertemente los presupuestos agrarios. Para África, continente en donde el porcentaje de empresas familiares es muy alto, el antiguo Secretario General de la ONU, Kofi Annan, en conjunto con las Fundaciones Bill&Melinda Gates y Rockefeller, ya ha convocado una “Nueva Revolución Verde”.

Esta nueva política agraria que invocan el Banco Mundial, las organizaciones internacionales y los gobiernos promete sacar del olvido a la agricultura campesina y llevarla “hacia el mercado”, especialmente, al mercado mundial, el cual ofrece las mejores perspectivas de crecimiento, de ventas y de ganancias. Según esta estrategia, gracias a un mejor suministro de semillas, fertilizantes y productos químicos agrícolas, se registraría un aumento en la producción y los excedentes; nuevas carreteras, aeropuertos y terminales de contenedores mejorarían la conexión con el mundo; comerciantes y empresas privados se encargarían del suministro de insumos y de la comercialización de los productos. Los grupos empresariales agrícolas y el sector científico invertirían grandes cantidades de recursos financieros en una nueva biotecnología genética “verde” y, con plantas transgénicas, solucionarían problemas de la agricultura campesina, como sequías, malos suelos y ataques de parásitos. Una mayor liberalización comercial y la “revolución del supermercado”, la creciente predominancia de grandes cadenas comerciales en el sector agrícola y agropecuario, abrirían nuevos mercados. También, muchos consideran que los combustibles agrarios ofrecen grandes oportunidades; que gracias a éstos, las empresas familiares campesinas podrían participar por fin en la bonanza global, especialmente, si trabajan como contratistas para las grandes empresas.

No obstante, muchas organizaciones campesinas y de desarrollo no estatales temen que esta “Nueva Revolución Verde” podría desatar una nueva ola de peligros y destrucción para la agricultura campesina de menor escala y, en consecuencia, la depauperación de la población rural. Si reciben este tipo de apoyo, la mayoría de las pequeñas empresas campesinas no podrá resistir realmente este ritmo de “integración al mercado”, sino que, como ocurrió en los años 1960 y 1970 durante la “Revolución Verde”, se verá más relegada. Esta nueva política agraria comprende de forma marginal – y esto sólo en el mejor de los casos – las estrategias alternativas de una agricultura adaptada y adecuada a las condiciones locales, tal como se ha desarrollado, en diferentes variaciones, entre los grupos de pequeños productores. Sería lógico que los campesinos mismos presentaran propuestas acerca de cuál debería ser la mejor estrategia para solucionar sus propios problemas y concebir su futuro. Esta contradicción puede verse con especial claridad en la cuestión de cómo deberá asegurarse la alimentación en el futuro.

Soberanía alimentaria

Si bien el término “seguridad alimentaria” suena muy bien y prometedor como objetivo de la nueva política agraria, en el marco de la discusión de la política de desarrollo éste se comprende, simplemente, como el suministro suficiente de alimentos a todos los colectivos, ya sea por medio de producción propia, de importaciones, de un ingreso que permita una alimentación suficiente, o a través de ayuda alimentaria para aquellos que no tienen estas opciones. No obstante, no importa mucho de dónde vienen los alimentos: pueden ser de grandes granjas industriales; puede ser maíz transgénico, como ocurre con frecuencia en los programas de ayuda alimentaria estadounidenses; pueden ser importaciones que han sido transportadas por medio mundo. La seguridad alimentaria no se basaría en la propia producción agrícola ni en la agricultura de un país, sino en el mercado mundial. Por medio de la

exportación de productos como flores, hortalizas, combustibles agrarios, pescado, carne y vino, cuya producción requiere grandes inversiones, se generarían divisas para financiar la importación de excedentes de la producción agraria de países con producción agronómica de índole industrial, como Europa, EE.UU. y otros pocos.

Por el contrario, nuevos movimientos campesinos presentan la reivindicación de la “soberanía alimentaria”, como visión de un apoyo apropiado, justo y efectivo de la agricultura campesina de pequeños productores. De acuerdo con ésta, los gobiernos tienen la tarea de crear las condiciones que permitan una producción agrícola saludable y compatible con el medio ambiente, bajo condiciones justas para todos los campesinos, y que asegure el suministro de alimentos para la población urbana. Esto implicaría no solamente un suficiente apoyo de la agricultura campesina, sino derechos de propiedad de la tierra y aprovechamiento de recursos asegurados para todos los grupos de la población, es decir, incluidos ganaderos y pescadores. También, juegan un papel importante factores como aranceles proteccionistas, reformas agrarias y la participación de la población rural en el proceso de toma de decisiones de la política agraria. Solo así se podrán mantener, para millones de personas y a largo plazo, las posibilidades de empleo y la generación de ingresos en el sector agrícola; solo así podrán reducirse de manera efectiva los índices de pobreza y proteger el medio ambiente.

El término “soberanía alimentaria” también expresa la concepción de una economía y de un desarrollo rurales determinados por la agricultura campesina. El objetivo prioritario se refiere al aseguramiento de la alimentación, a condiciones de producción apropiadas, a la autonomía, la justicia social y la protección del medio ambiente y de los diversos intereses sociales, culturales y rituales de los productores. Es decir, la “multifuncionalidad” de la agricultura. No se trata de que la agricultura suministre suficientes alimentos. Más bien, se trata de una pregunta fundamental: ¿qué tipo de alimentos se producen, quién los produce y con qué métodos y procedimientos?

“La Evolución Arco Iris”

Además de esto, los campesinos y las organizaciones campesinas exigen que se les asigne, de una vez por todas, su cuota de participación en las subvenciones agrícolas estatales. El apoyo debería concentrarse en la gran ventaja de la agricultura campesina: la capacidad de producir una gran diversidad de productos agrícolas, saludables, a bajo costo, con un aprovechamiento sensato de los recursos productivos y de una gran variedad de plantas y métodos de cultivo, sin mayores daños para el medio ambiente. Hasta el día de hoy, los campesinos han mantenido sus amplios conocimientos y sus valiosas experiencias en el campo de la agricultura sostenible, adaptada a las condiciones locales. Estos conocimientos deberían valorarse en mayor grado, y propagarse e integrarse en los programas agrícolas y de desarrollo rural integrado. De forma especial, los métodos participativos deberán tener en cuenta el papel clave de las mujeres y su participación con igualdad de derechos, ya que son ellas las que transfieren de generación en generación los complejos conocimientos de la agricultura natural adaptada a las condiciones locales. Asimismo, son las principales responsables de la seguridad alimentaria, la salud y la subsistencia de las familias.

De hecho, se presentan las primeras iniciativas positivas en el ámbito local, ya que gobiernos provinciales, por ejemplo, en Tanzania, Indonesia y Brasil, han comenzado a reconocer la importancia que tiene la agricultura campesina de menor escala para el desarrollo local. Asimismo, la vocación de poner a disposición más medios financieros puede ser una señal positiva. No obstante, estos recursos no



deberían invertirse principalmente en nuevos proyectos de riego, en la construcción de más carreteras ni en la importación de fertilizantes, semillas, productos agroquímicos e, incluso, tecnología transgénica. Desde la perspectiva de la política de desarrollo, para combatir la pobreza de forma sostenible, estos recursos deberían invertirse específicamente en el fortalecimiento y en la ampliación de las actividades de la agricultura campesina sostenible.

Por tal razón, la mayoría de las organizaciones campesinas se opone a las modernas iniciativas de la nueva política agraria que, en muchos aspectos, simplemente pretenden reanudar la “Revolución Verde” de los años 1960 y 1970 con un nivel tecnológico más elevado, y exigen, más bien, una “Evolución Arco Iris”, con variedad de iniciativas, métodos y procesos de mejora, que no sean impuestos “desde arriba”, sino que se basen en proyectos ya existentes y se desarrollen de forma participativa y comunitaria.

Resguardo en la tormenta

No obstante, no es suficiente intensificar el fomento, la asesoría y la capacitación para desarrollar de forma positiva la agricultura campesina local, ya que su capacidad de desenvolvimiento, más que nunca, está amenazada por los procesos de globalización. Lo que la agricultura campesina necesita de manera urgente es protección ante la poderosa competencia impuesta por los productos importados subvencionados, por las políticas agrarias unilaterales, por el poder del mercado de las multinacionales, por las cadenas de supermercados y por la influencia de condiciones políticas marco proveniente de fuerzas liberalizadoras externas. Para su supervivencia, las empresas familiares campesinas deberán conservar sus espacios abiertos de desarrollo y desenvolvimiento.

Por una parte, encuentran grandes limitaciones en el hecho de que la tierra, que sigue siendo la base de existencia para muchos pequeños productores campesinos, gane cada vez más valor e interés para inversores y especuladores. Los derechos de propiedad y la utilización de la tierra y del agua no asegurados son parte de los mayores problemas y peligros para la agricultura campesina de menor escala. Reservas naturales, granjas de avestruces y reservas zoológicas privan a los campesinos de zonas de pastoreo y del acceso a importantes recursos para su supervivencia. La clase media urbana pudiente causa un aumento exagerado de los precios de la tierra y motiva que el “valor de mercado” de la tierra sea mucho más elevado que su “valor productivo”, si ésta se destinara a la producción agrícola. La minería y las nuevas grandes plantaciones de palma aceitera, eucalipto, soya transgénica y combustibles agrícolas contaminan el agua y suplantando el cultivo de productos alimenticios. Mientras millones de familias se rompen la espalda cultivando suelos cada vez peores en parcelas cada vez más pequeñas, los grandes terrenos son propiedad del Estado o de latifundistas privados. Muchos de estos son tierras baldías o se cultivan con bajo nivel de productividad.

Por tal razón, para afianzar la posición de la agricultura campesina familiar es necesario alcanzar una protección de los títulos individuales y comunitarios de propiedad de la tierra o, al menos, conceder derechos de explotación de la tierra a largo plazo, que podrían evitar su destierro. Además, una de las reivindicaciones prioritarias de muchas organizaciones campesinas es la aplicación de una reforma agraria y la redistribución de la tierra, aún en contra del consentimiento de los propietarios. Asimismo, es necesario alcanzar una protección contra la privatización de bienes y servicios comunes, como terrenos de pastoreo, agua, derechos de acceso a vías y asesoría agrícola. Así como la propiedad de la tierra reside cada vez más en aquellos que



tienen un alto poder adquisitivo, también el agua fluye allí donde hay dinero: a los agricultores ricos, a las ciudades, a la industria y al sector del turismo.

La apertura de las fronteras comerciales, el aumento de la oferta de los excedentes provenientes de la agroindustria, y los productos agrícolas importados de muy bajo precio, como cereales, carne, azúcar y aceite comestible, ejercen gran presión sobre los productores campesinos. Las subvenciones para los grandes productores y los productos de exportación empeoran aún más la posición de desventaja ante los poderosos jugadores globales. En el pasado, ya muchas pequeñas empresas fueron desplazadas de las actividades comerciales; a pesar de ello, la industria, las instancias políticas y las organizaciones internacionales de ayuda para el desarrollo siguen exigiendo una mayor liberalización económica, lo cual daría paso a la exclusión de muchas más empresas. De esta manera, quedarían en agua de borrajas todos los intentos, planes y prometedoras iniciativas para fortalecer la agricultura campesina, aumentar su nivel de productividad y de generar excedentes, que permitieran originar ingresos más allá del nivel requerido para la subsistencia.

Por tal razón, los pequeños productores necesitan una mejor protección ante el dumping, los flujos excesivos de importaciones y otras formas de importaciones baratas injustas. Si bien ya hay consenso general respecto a que los miles de millones de subvenciones que los países industrializados conceden a las exportaciones agrícolas causan un gran daño a la agricultura campesina de menor escala, todos los intentos de su reducción fracasan ante la influencia de los poderosos grupos de interés. Por otra parte, en la Organización Mundial del Comercio se congelan propuestas que prevén que los países más pobres aumenten sus aranceles o cuotas de importación para proteger la seguridad alimentaria, la agricultura campesina y las pequeñas empresas de transformación de productos. Lejos de autorizar una mayor protección, el desarrollo va en dirección contraria: los acuerdos comerciales internacionales y las negociaciones bilaterales, como por ejemplo, los Acuerdos de Cooperación Económica de la Unión Europea (Economic Partnership Agreements, EPA) dan importancia prioritaria a la reducción de cláusulas proteccionistas y de

disposiciones excepcionales que podrían ofrecer un mínimo de protección a la agricultura campesina. Por tal razón, las organizaciones campesinas exigen que se suspendan todas las negociaciones sobre la liberalización económica en el sector agrario, mientras no se reconozca el derecho de los diversos países y gobiernos a proteger al sector agrícola de los poderosos jugadores globales.

Incidencia política

Muchas de las pautas de la política que tienen efecto sobre las condiciones de desarrollo de la agricultura campesina se determinan en los países industrializados por parte de los gobiernos, los científicos agrónomos, las organizaciones multilaterales y las instituciones internacionales de desarrollo:

- Aquí se destinan fondos para proyectos de desarrollo, que en el futuro representarían un más amplio beneficio para la agricultura campesina.
- Aquí se conciben reformas de los derechos sobre la tierra y el agua que podrían beneficiar a los pequeños productores, a mujeres, a pastores y pequeños ganaderos, pero que, por el contrario, también podrían perjudicarlos.
- Aquí se adoptan decisiones relativas a las subvenciones y otras medidas de apoyo para la industria, que dan a ésta diversas ventajas respecto a los pequeños productores.
- Aquí se impulsan tratados de comercio cuyo objetivo es abrir aún más los mercados y reducir métodos de protección, en nombre del “libre mercado”.
- Aquí la industria, por medio de asociaciones de lobby, campañas de opinión pública y dinero, ejerce influencia sobre tratados, leyes, procesos de asignación de contratos y recursos financieros, y sobre negociaciones económicas.

Aquí, en los países industrializados, las organizaciones de la sociedad civil y no gubernamentales del norte, que trabajan en pro de la seguridad y la soberanía alimentarias, de la erradicación de la pobreza, y de las oportunidades de desarrollo para las regiones y la población rural, tienen la tarea de crear un contrapeso. Ellas pueden contribuir a que se escuchen los intereses, los requerimientos y las reivindicaciones de la agricultura campesina de menor escala, adaptada a las condiciones de la región y de la población de pequeños productores campesinos. Ya que, tal como lo muestran los grupos en África, Asia y Latinoamérica, ellos pueden alcanzar grandes logros en el ámbito local. No obstante, para influenciar efectivamente las condiciones marco globales se requieren muchos aliados en todo el mundo.

La lucha contra la pobreza por medio del fomento de las pequeñas empresas de agricultura campesina

Los ejemplos de este folleto muestran que la agricultura campesina de menor escala, adaptada a las condiciones específicas de la región, puede sobrevivir y extenderse en el contexto de la globalización. Desde las perspectivas social, ecológica, económica y cultural, este tipo de agricultura ofrece, incluso, más ventajas que la agricultura moderna industrializada, organizada en grandes empresas y orientada en mercados externos. Asimismo, posee el potencial para combatir de forma efectiva y ampliar el hambre y la pobreza. En el contexto del desarrollo rural integrado, fomenta también la soberanía alimentaria y, de esta manera, garantiza la efectividad sostenible de las medidas de lucha contra la pobreza. De las experiencias realizadas con diversas contrapartes del EED, es posible deducir algunas condiciones generales que se requieren para el éxito de la agricultura campesina de menor escala:

Acceso a recursos

El acceso a la tierra, al agua, a terrenos de pastoreo, a bosques, a selvas y a otros recursos naturales, es una condición básica para las personas que practican la agricultura en empresas familiares, adaptada a las condiciones locales. Los pequeños productores, los arrendatarios y las personas sin tierra requieren títulos de propiedad colectivos o individuales de las tierras, en la medida de las posibilidades inscritos en los registros de catastro o, por lo menos, derechos de uso a largo plazo garantizados por escrito. Para esto, con frecuencia, es necesaria la implementación de una reforma agraria. Sin embargo, los recursos vitales, como tierra, agua, bosque y selva se privatizan en mayor grado para proyectos de infraestructura y agroindustriales. Deben asegurarse el mantenimiento de los bienes comunitarios y su distribución regulada, la garantía de los derechos tradicionales de utilización, y la protección de los derechos de acceso de los grupos pobres de la población.

Autoorganización de las personas pobres en regiones rurales

Además de los factores físicos y materiales, juegan un papel importante la creación de redes y el fortalecimiento de campesinos y campesinas. Solo si defienden sus intereses conjuntamente y amplían la fuerza del colectivo, las pequeñas empresas familiares podrán oponerse a los designios de los grupos empresariales, a los gobiernos y a los representantes de organizaciones internacionales como la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial, la FAO, las instituciones internacionales

de investigación del sector agrícola, como CGIAR, y a las fundaciones estadounidenses que fomentan con vehemencia y poder el proceso de globalización y la modernización de la agricultura por medio de su industrialización. Por tal razón, la creación de órganos de representación de los intereses de los campesinos en los ámbitos local, nacional e internacional es una importante condición para el éxito.

Ampliación de capacidades y gestión de conocimientos

En el mundo de hoy, muchos campesinos y campesinas cuentan con amplios conocimientos sobre la agricultura orgánica, a pesar de que, con frecuencia, éstos no se valoran de forma suficiente y son relegados al olvido por parte de las ciencias académicas y del dogma tecnológico. Estos conocimientos siempre han sido la base para la supervivencia de los pobres. Antes de que desaparezcan completamente, estos conocimientos aún existentes, que provienen de personas que han aprendido a sobreponerse a las condiciones desfavorables, deberían recopilarse, evaluarse, propagarse y aprovecharse de manera sistemática en programas de desarrollo rural. Estos conocimientos podrían difundirse entre la población pobre por medio de programas de intercambio y capacitación. Lo más importante en este contexto, son mecanismos de protección que impidan que se robe la propiedad intelectual de las personas, en muchas ocasiones mujeres, que cuentan con estos conocimientos. Los sistemas legales modernos solo reconocen como “mercedores de protección” a los conocimientos redactados por escrito e inscritos de acuerdo según ciertos procesos determinados, por ejemplo, en forma de patentes y variedades. Conocimientos tradicionales que, precisamente, no están documentados por escrito, no están comprendidos por los tratados internacionales cuyo objetivo debería ser la protección de la propiedad intelectual. Los intentos por parte de los propietarios y de las propietarias de estos conocimientos tradicionales, de oponerse a que grandes empresas los utilicen sin la compensación pecuniaria correspondiente e, incluso, a que posteriormente patenten estos conocimientos en su beneficio, son, desde un comienzo, infructuosos, ya que este tipo de conocimientos no cae en el ámbito de aplicación de las normas formales de protección.

Creación de sistemas económicos locales sólidos

Otra condición importante para la revalorización exitosa de las pequeñas empresas familiares campesinas es su inclusión en un plan integral de desarrollo rural. Los productores y las productoras deberán estar en capacidad de ejercer control sobre los ciclos económicos locales y regionales. Esto puede lograrse, entre otras medidas, por medio de la creación y la ampliación de los mercados y la infraestructura, de la introducción o diversificación de actividades artesanales rurales, de pequeñas empresas e industrias y de otras fuentes de generación de ingreso en zonas rurales. Las cooperativas de producción y comercialización, las comunidades de productores y los grupos de crédito ofrecen condiciones ideales para ello. No obstante, esto parte de la existencia de un sistema crediticio rural de buen funcionamiento, que regule la concesión de microcréditos.

Inclusión y participación de la mujer

Un elemento de especial importancia es el reconocimiento sistemático del papel clave de la mujer en la agricultura campesina de menor escala en todo el mundo. En la mayoría de los casos, ellas son las que transmiten de generación en generación los complejos conocimientos acerca de métodos de cultivo ecológicos, y son las principales responsables de la seguridad alimentaria, la salud y la subsistencia de las familias. Por tal razón, una participación de la mujer en igualdad de oportunidades y en todos los niveles, contribuye decisivamente al éxito de los programas de desarrollo rural y al apoyo de las empresas familiares pobres.

Inclusión de proyectos locales en las estructuras de determinación de políticas y ejercicio de influencia sobre las condiciones políticas marco

En el contexto actual de la globalización es indispensable crear vínculos entre los programas básicos de desarrollo rural y la agricultura campesina de menor escala, y los agentes políticos en los ámbitos local, nacional e internacional. El ejercicio de influencia sobre las condiciones políticas y legales marco a favor de las personas pobres en zonas rurales es de especial importancia, por ejemplo, al momento de proteger sus derechos tradicionales de acceso a la tierra y al agua. La gran demanda mundial de combustibles biológicos ha generado una ola de especulación de tierras aptas para el cultivo de plantas energéticas que se utilizan para la producción de biodiesel y bioetanol, como aceite de palma, soya, caña de azúcar y jatropha. Algunos países planean la habilitación de gigantescas superficies de cultivos, como son los casos de Etiopía (10 millones ha), Brasil (50 millones ha), Indonesia (20 millones ha) e India (8 millones ha). Aquí también, los sistemas de acceso tradicionales tienen que afrontar una normativa que se basa, exclusivamente, en derechos de propiedad registrados por escrito. Otro tema de trascendencia es la continua expansión de plantas transgénicas, a la cual solo podrán oponerse los pequeños productores campesinos si se incluyen de forma estructural en los procesos políticos de toma de decisiones. Y, finalmente, también es muy importante crear vínculos entre las instancias de trabajo de incidencia política y advocacy y el trabajo concreto de desarrollo en la base, para garantizar que aquellas, realmente, beneficien los intereses de las personas de las cuales han obtenido su legitimación.

